

LA REVOLUCION CUBANA: 1953 – 1962: DIEZ AÑOS DE DESARROLLO IDEOLOGICO

Helio Gallardo

I INTRODUCCION

En un mundo contemporáneo signado por las contradicciones opulencia – miseria, inhumanidad – subhumanidad, capitalismo – socialismo, reificación – humanidad, y más específicamente en una Iberoamérica en la que las estructuras de la neocolonización y del capitalismo dependiente han generado, desde 1960 a 1970, 50 millones más de hambrientos, 2 millones más de analfabetos, 5 millones más de familias sin casa, en un continente con 25 millones de desocupados que alcanzarán la cifra de 40 millones en 1980 (111, 18), en una Iberoamérica caracterizada por la monstruosa desproporción que alcanza la distribución del ingreso nacional, en un continente en el que la mitad de sus habitantes son campesinos pero en el que el latifundio comprende 370 millones de hectáreas tres veces la tierra agrícola de China! mientras 50 millones de hombres, mujeres y niños, hambrientos, descalzos, analfabetos, componen la estructura subhumana del minifundio y del trabajador sin tierra (111, 18–19), en una Iberoamérica en la que el 5 % de la población detenta el 33 % del ingreso total y en la que sólo Brasil y México pueden exhibir un producto bruto interno superior a la General Motors, en un continente en el que el 75 % de las 40 principales entidades económicas de la región corresponden a las compañías transnacionales¹, en un continente, en fin, que en la década de los setenta, y como resultado de las necesidades generadas por una nueva fase de integración del capital monopólico fundamentalmente de origen norteamericano, debe soportar, en la casi totalidad de sus países, regímenes militares antipopulares que sostienen y refuerzan la superexplotación del trabajo productivo y los nexos políticos de la dominación al mismo tiempo que liquidan los derechos humanos y laborales, y que cierran o 'reestructuran' áreas completas de la educación superior, despiden a cientos de miles de trabajadores de servicios y persiguen y encarcelan y asesinan todo intento de denuncia, defensa y protesta contra su actividad criminal; en este conjunto de hombres, de instituciones y de pueblos que viven hoy trágicamente el endurecimiento de un mundo que muere, la reflexión y correcta comprensión acerca del proceso revolucionario cubano – realización de un pueblo que no posee fronteras geográficas con ningún país socialista, que no aprovechó la coyuntura de una guerra mundial y que ideológicamente transitó desde el nacionalismo pequeño – burgués hacia la conciencia socialista proletaria (115,30 – 31) – constituyen tareas de primera importancia para la conciencia teórica, política ideológica y militar e intelectual de nuestro mundo y, consecuente, para las tareas que él históricamente demanda.

Se trata, por tanto, no sólo del hecho general de que la Revolución Cubana ha enseñado "que la revolución es posible" y que "en el mundo contemporáneo no hay fuerzas capaces de impedir el movimiento de liberación de los pueblos" como ha señalado con fuerza y acertadamente su principal conductor (105, 481), sino que el proceso revolucionario cubano ha indicado bajo qué condiciones, cómo es posible la liberación; y ello no como una receta o estereotipo revolucionario — "la revolución no se exporta" (105, 481) — sino que bajo la forma de una práctica revolucionaria concreta. La comprensión políticamente correcta de esa práctica revolucionaria concreta, de sus contradicciones, de su desarrollo, de sus necesidades y posibilidades, funda la asunción teórica de ese mismo proceso e ilumina, por tanto, las condiciones y posibilidades de futuras prácticas (historia o teoría general), como asimismo entrega lo específico o propio del proceso revolucionario cubano (historia o teoría regional).

Es hacia este carácter teórico — práctico decisivo en el contexto iberoamericano que apunta V. Bambirra cuando señala que "Toda revolución atrae sobre sí el interés mundial" y que, sin embargo, han sido "las clases dominantes las que más se han preocupado de entender el fenómeno de la Revolución Cubana" mientras que "desde la perspectiva de la izquierda (. . .) la Revolución Cubana surge como un nuevo laboratorio para el aprendizaje revolucionario (. . .) pero que en la mayor parte de los casos ni práctica ni teóricamente la izquierda ha sabido sacar el mejor provecho de la experiencia revolucionaria cubana" (103, 17—18). El presente trabajo se inscribe dentro del marco de opinión crítica que refleja el estudio de Vania Bambirra. Su objeto específico es clarificar el desarrollo ideológico del proceso cubano a través del examen de las posiciones de sus principales dirigentes en el contexto de su desarrollo histórico como asimismo examinar algunos de los principales criterios, tendencias y opiniones erróneas que al enjuiciar este proceso se han generado. Nuestro estudio abarca centralmente el período 1953—1962, es decir el período que comprende la autodefensa de Fidel Castro ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba, documento conocido bajo el título La historia me absolverá (105, 20—71), hasta la proclamación de la Segunda Declaración de La Habana (105, 458 — 486), respuesta cubana revolucionaria y socialista a la agresión continental propiciada contra ella por el Gobierno de Estados Unidos en Punta del Este.

La elección de este período de diez años no es arbitraria. La historia me absolverá como documento representa la culminación y al mismo tiempo el punto de ruptura con el nacionalismo populista que, siendo de origen burgués, fue radicalizado por el liderazgo pequeño — burgués y que, por su influencia sobre el movimiento popular, provocó una serie de movimientos políticos y de convulsiones sociales en la década del 50. Tales fueron, por ejemplo, la revolución boliviana de 1952—53 y el derrocamiento de Pérez Jiménez en Venezuela (1958), como asimismo el intento antiimperialista de Jacobo Arbenz en Guatemala (1951 — 54) (102, 363). La historia me absolverá, y gran parte de la primera fase del proceso revolucionario cubano, se inscriben en este contexto general pero al mismo tiempo la Revolución Cubana significa la radicalización de los intentos de revolución nacional y su evolución hacia el socialismo. Como especificó el Che en agosto de 1961: "La Revolución Cubana . . . es una revolución agraria, antifeudal y antiimperialista, que fue transformándose por imperio de su evolución interna y de las agresiones externas, en una revolución socialista" (109, 1, 309), o, más específicamente y a propósito para el objeto de este trabajo, en

Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana: "Antes del desembarco del Gramma predominaba una mentalidad que hasta cierto punto pudiera llamarse subjetiva; confianza ciega en una rápida explosión popular, entusiasmo y fe en poder liquidar el poderío batistiano por un rápido alzamiento combinado con huelgas revolucionarias espontáneas y la subsiguiente caída del dictador. El movimiento (26 de Julio) era el heredero directo del Partido Ortodoxo y su lema central 'Vergüenza contra dinero'. Es decir la honradez administrativa como la idea principal del nuevo gobierno cubano" (109, I, 223). *Es desde esta subjetividad pequeño – burguesa, en gran medida espontaneísta, voluntarista y elitista y, por ello mismo, sectaria, es desde esta conciencia 'inmadura' pero al mismo tiempo de 'aprendizaje', como lo planteara F. Castro a los intelectuales cubanos en junio de 1961, que se genera el proceso revolucionario cubano; pero su realización se forja en la dialéctica concreta entre esta voluntad y capacidad de aprendizaje de sus dirigentes y sus experiencias nacionales e internacionales en la lucha revolucionaria: económico – social, política e ideológica: es allí donde el proceso cubano se orienta hacia el socialismo. Señala el Ché: "Para llegar a esta idea final de nuestras metas, se caminó mucho y se cambió bastante. Paralelos a los sucesivos cambios cualitativos ocurridos en los frentes de batalla, corren los cambios de composición social de nuestra guerrilla y también las transformaciones ideológicas de sus jefes. Porque cada uno de estos procesos, de estos cambios, constituyen efectivamente un cambio de calidad en la composición, en la fuerza, en la madurez revolucionaria de nuestro ejército (. . .) Nunca antes como ahora fue para nosotros tan claro el concepto de interacción. Pudimos sentir cómo esa interacción iba madurando, enseñando nosotros la eficacia de la insurrección armada, la fuerza que tiene el hombre cuando, para defenderse de otros hombres, tiene un arma en la mano y una decisión de triunfo en la pupila y los campesinos, mostrando las artimañas de la Sierra, la fuerza que es necesaria para vivir y triunfar en ella y la dosis de tesón, de capacidad, de sacrificio, que es necesario tener para poder llevar adelante el destino de un pueblo" (109, I, 229). Antes ha indicado el Ché que el aporte obrero al proceso ha sido su sentido de organización, su tendencia innata a la reunión y a la unificación. Nutriéndose de estas capacidades populares objetivas, superando así su aislamiento y sectarismo, se encaminará la vanguardia del proceso revolucionario cubano hacia su definición marxista – leninista, proletaria e internacionalista, posición admirablemente reflejada en las tareas propuestas por la Segunda Declaración de La Habana: "Con lo grande que fue la epopeya de la independencia de América Latina, con lo heroica que fue aquella lucha, a la generación de latinoamericanos de hoy les ha tocado una epopeya mayor y más decisiva todavía para la humanidad. Porque aquella lucha fue para librarse del poder colonial español, de una España decadente, invadida por los ejércitos de Napoleón. Hoy le toca la lucha de liberación frente a la metrópoli imperial más poderosa del mundo, frente a la fuerza más importante del sistema imperialista mundial y para prestarle a la humanidad un servicio todavía más grande del que le prestaron nuestros antepasados. Pero esta lucha, más que aquella, la harán las masas, la harán los pueblos. Los pueblos van a jugar un papel mucho más importante que entonces; los hombres, los dirigentes importan e importarán en esta lucha menos de lo que importaron en aquella. Esta epopeya que tenemos delante la van a escribir las masas hambrientas de indios, de campesinos sin tierra, de obreros explotados, la van a escribir las masas progresistas; los intelectuales honestos y brillantes que tanto abundan en nuestras sufridas tierras de América Latina; lucha de masas y de ideas; epopeya que llevarán adelante nuestros pueblos maltratados y despreciados por el imperialismo, nuestros pueblos desconocidos hasta hoy, que ya empiezan a quitarle el sueño" (105, 485).*

Trece meses antes, el 1° de diciembre de 1961, se ha trazado, política y orgánicamente, el problema del Partido (Partido Unido de la Revolución Socialista) revolucionario, único instrumento que permitiría al pueblo cubano recorrer "el único camino honrado, el único camino leal que podíamos seguir en nuestra patria, y acorde con la tradición de nuestros mambises, acorde con la tradición de todos los que han luchado por el bien de nuestro país. Ese es el camino que hemos seguido: el camino de la lucha antiimperialista, el camino de la revolución socialista. Porque, además, no cabía ninguna otra posición. Cualquiera otra posición era una posición falsa, una posición absurda. Y nosotros nunca adoptaremos esa posición, nosotros jamás vacilaremos. ¡Jamás!" (105, 438). Es el camino entre esta decisión inquebrantable por el socialismo y por las formas orgánicas que a él conducen y las primitivas posiciones, fundamentalmente pequeño — burguesas, del Movimiento 26 de Julio, que intentamos mostrar y fundar en este trabajo.

Para ello, junto con el examen de los principales documentos políticos cubanos del período y su ubicación histórica recurriremos también al examen crítico de algunas de las posiciones erróneas más difundidas en la interpretación de esta etapa del proceso revolucionario cubano. Para efectos prácticos hemos identificado estas posiciones con obras y autores concretos. Las posiciones y criterios respecto del proceso cubano que examinamos son:

- a) La concepción reaccionario — burguesa (metafísico — democrática) expresada en la obra de T. Draper, La revolución de Castro, mitos y realidades (107).*
- b) La concepción heroica, pequeño — burguesa, elitista y practicista (voluntarista) tal como es expresada por J. P. Sartre en Huracán sobre el azúcar (112).*
- c) La concepción denominada foquista, teorizada por R. Debray en sus ensayos sobre América Latina, fundamentalmente en ¿Revolución en la revolución? (106).*
- d) La concepción ultraortodoxa o ultraleninista presentada por M. Aguirre, D. García e I. Monal en El leninismo en 'La historia me absolverá' (101).*

Desde luego la enumeración propuesta no implica una igual jerarquización entre las diversas interpretaciones ideológico — prácticas respecto del proceso revolucionario cubano. Existe, por ejemplo, una diferencia cualitativa — estructurada fundamentalmente por el contexto y la intención política — entre los trabajos periodísticos de Theodore Draper publicados inicialmente en Encounter (1960) y en The New Leader y destinados centralmente a servir de alimento 'intelectual' y refuerzo a la campaña masiva desatada en USA, Europa y Latinoamérica en contra de la "comunicación" de la revolución cubana en la coyuntura del tránsito hacia el socialismo, y los trabajos periodísticos de Jean—Paul Sartre aparecidos en France—Soir, el periódico de mayor circulación en Francia, precisamente cuando el proceso revolucionario cubano necesitaba ser conocido y difundido (promovido) en su peculiaridad y en sus dificultades (1959). El objeto de nuestro trabajo crítico, no es, por tanto, centralmente coyuntural sino el mostrar, de una parte, el carácter vicioso y necesariamente falseado del pensamiento sedicentemente objetivista burgués (Draper), su incapacidad para recoger la riqueza de un proceso histórico y, por otra parte, señalar los peligros y desviaciones prácticas de izquierda y de derecha a que conduce una 'teorización' incorrecta del proceso revolucionario cubano.

La tesis que T. Draper ofrece en su libro *La revolución de Castro: mitos y realidades* es sencilla y fácil de sintetizar: *“La revolución cubana fue esencialmente una revolución de la clase media que después se ha utilizado para destruir esta misma clase media”* (107, 16). El libro mismo se descompone en tres trabajos relacionados pero que poseen su propio objetivo central relativamente autónomo. El primero de ellos, *Las dos revoluciones*, está dedicado centralmente al tema de la ‘traición’ que ya hemos citado. El segundo, *Cómo no tumbar a Castro*, se propone convencer de que el fracaso de la invasión a Bahía Cochinos fue el resultado de las contradicciones entre el exilio cubano, la política y los aparatos represivos de Estados norteamericanos; el tercero, *Castro y el comunismo*, nos muestra cómo F. Castro, víctima de sus propias debilidades, se ha entregado al comunismo: *“Su misma inestabilidad e insuficiencia le han echado a los brazos de los comunistas, a los que ha traspasado todas las palancas del poder en la Cuba actual”* (107, 188). Los mismos títulos de la obra de Draper sirven para comprobar el carácter propagandístico y agitativo de sus trabajos y, desde este punto de vista, por tratarse de textos coyunturales, podría uno preguntarse qué sentido tiene hoy examinar sus opiniones en general tan señaladamente prejuiciadas y tendenciosas. La respuesta acerca de la vigencia del trabajo de Draper comprende diferentes niveles:

- a) por desgracia la pregunta de si F. Castro era marxista (comunista o socialista) desde el asalto al cuartel Moncada es una duda que todavía en 1976 asalta a la opinión media e incluso respecto de la cual puede no existir claridad en militantes de las izquierdas latinoamericanas. Se trata, por supuesto, de una falsa cuestión, de una inadecuada manera de acercarse a los procesos históricos pero, precisamente por eso, es necesario mostrar la falsedad de la pregunta y su irrelevancia en términos de análisis histórico.
- b) interesa destacar, por otra parte, algunos de los mecanismos de que se sirven los medios de comunicación, los trabajadores intelectuales y la ideología dominante para “probar”, es decir falsear, desvirtuar y confundir los hechos y, al mismo tiempo, promover y profundizar sus intereses, ante sus lectores — en el caso de Draper el mensaje no está dirigido al público medio que recibió y recibe un mensaje más grosero y centrado fundamentalmente en la reiteración machacona de estereotipos sino que al público europeo y norteamericano y a otros sectores de trabajadores intelectuales — y de este modo avalar la corrección de sus criterios y actuaciones políticas.

A.— *El proceso revolucionario como traición*

Ya hemos señalado que la tesis de Draper es sencilla: *“La revolución la realizaron y la controlaron siempre hombres y mujeres de la clase media, primero en nombre de todo el pueblo, después en el de los campesinos y ahora en el de los obreros y campesinos”* (107, 50). Para reafirmar esta tesis Draper reitera el hecho de que *“Castro mismo era su representante ideal (de estas clases medias): hijo de un rico terrateniente, universitario, abogado”* (107, 15). Por otra parte: *“Ninguno de los ministros de Castro ha sido campesino o proletario* (107, 48). *“Todos . . . estudiaron en una Universidad, algunos en Universidades de los Estados Unidos, procedían de familias de las cla-*

ses alta y media y habían llegado a ser o aspiraban a ser intelectuales o profesionales. Ni uno solo de ellos representaba en ningún sentido a la clase campesina o al proletariado ni debía su posición a la fuerza o a la presión organizada de esas clases. Lo que eran se lo debían únicamente a Fidel Castro y sólo ante él eran responsables” (107, 49). Desde esta caracterización de la dirigencia administrativa y del principal líder del proceso revolucionario cubano, T. Draper concluye que *“La casi unanimidad con que el pueblo cubano acogió la victoria de Castro en enero de 1959 fue el resultado no solo de su heroica lucha y de su barba fascinante (sic), sino también del consenso político que parecía encarnar”* (107, 25). De hecho, para Draper *“El verdadero vencedor de la lucha no fue el ‘ejército campesino’ de Castro sino el pueblo cubano en su totalidad (subrayado nuestro) (107, 20). Y este pueblo fue seducido por las promesas formuladas por Castro entre 1953 y 1958 (107, 21–25) de volver al espíritu de la Constitución de 1940 e impedir la corrupción que la democracia había generado en el pasado (107, 26). Por ello es que “lo menos que puede decirse es que Castro prometió una revolución y realizó otra distinta. La revolución que Castro prometió fue indiscutiblemente traicionada”* (107, 26).

La traición de Castro, según Draper, no sólo se realizó contra el ‘pueblo’ sino que además específicamente fue una traición, 1) contra el Movimiento 26 de Julio (107, 30); 2) contra el Ejército Rebelde (107, 31) y 3) contra los dirigentes del 26 de Julio (107, 32).

Hasta aquí las tesis del especialista en política exterior norteamericana y conferencista en Harvard. Veamos ahora los criterios en los que descansa su análisis de los hechos:

- a) T. Draper confunde en cada ocasión ‘origen de clase’ con ‘conciencia de clase’ y ‘posición de clase’. El origen de su confusión está en su incapacidad para ver la sociedad como un conjunto dinámico de relaciones. Draper ve la sociedad, las formaciones sociales, como entes naturales de modo que su pensamiento transita mediante la siguiente analogía: *“Una rosa , nace rosa y muere rosa; una mosca, nace mosca y muere mosca; una piedra es siempre una piedra; por tanto un pequeño – burgués es siempre un pequeño – burgués (o clase media como escribe Draper)”*. El anterior naturalismo social de Draper descansa, en último término, en su mentalidad metafísica que le imposibilita reconocer y aceptar (y promover) el cambio. Dicho en términos políticos: es la mentalidad reaccionaria de Draper la que le impide reconocer y comprender el tránsito posible y realizable desde una concreta posición y práctica de clase a otra posición y práctica de clase. Desde este punto de vista, por ejemplo, la Primera Internacional (setiembre de 1864) no pudo haber sido una organización de la clase obrera europea puesto que sus principales dirigentes fueron Marx y Engels, ambos representantes de diferentes estratos de la pequeña burguesía alemana.

Desde el punto de vista teórico, Draper maneja el concepto de **clase social** con ignorancia absoluta de su marco de referencia. Su incapacidad para distinguir entre ‘conciencia de clase’ y ‘psicología de clase’, entre conciencia **ideológica** en una formación social y conciencia **científica** de esa misma formación le imposibilitan entender el tránsito posible , en períodos de crisis o mediante específicas prácticas económico – sociales o político – militares, de la falsa conciencia a la conciencia real, científica. Y **este es precisamente el proceso que afecta a la dirigencia cubana: “Para llegar a esta idea final de nuestras metas, se caminó mucho y se cambió bastante. Paralelos a los suce-**

sivos cambios cualitativos ocurridos en los frentes de batalla, corren los cambios de composición social de nuestra guerrilla y también las transformaciones ideológicas de sus jefes (. . .) Nunca antes como ahora fue para nosotros tan claro el concepto de interacción" (109, I, 229). Es decir precisamente la visión (y el proceso real) dialéctica que Draper, desde sus anteojeras naturalistas y mecanicistas no puede asumir. Para Draper no existe interacción, intercompenetración, entre individuo y grupo, entre líder y masa, entre combatientes y campesinos, entre política y milicia, entre las diferentes fuerzas sociales, entre los diferentes partidos, entre la estructura regional de la economía cubana y su integración en el mercado mundial a través del control norteamericano. Y como es incapaz de advertir la concatenación, es decir la interacción permanente, de este conjunto de estructuras regionales en el marco del desarrollo de la estructura global, para él, entonces, todo cambio radical, todo salto cualitativo, es traición, cómoda y anticientífica manera de calificar un fenómeno histórico cuando no lo entendemos y cuando disgusta o perturba nuestra subjetividad.

- b) incapacitado el autor de *La revolución de Castro* por su propio punto de partida ideológico — teórico para entender el proceso histórico de la Revolución Cubana se ve obligado a 'construir' una entelequia que le permita 'explicar' lo que es innegable: el hecho de la Revolución Cubana. Para ello recurre al concepto de 'clase media', híbrido analítico sin ningún rango teórico y que, usualmente, hace referencia a un conjunto estadístico generado por medidas como el ingreso per cápita, la profesión, los estudios, etc. Desde luego, en este contexto de ambigüedad las virtudes y capacidades potenciales de esta 'clase media' a la que tanto se menciona dentro de la ideología dominante por los medios de comunicación social y por los políticos, constituyen sólo opiniones subjetivas de quienes interesadamente recurren a ella. (113, 24—27). Sin embargo, en un estudio ya clásico, R. Stavenhagen ha mostrado, además, que la tesis de la *clase media* "sugiere por lo común la idea de una masa de población potencialmente mayoritaria, reclutada principalmente en las capas bajas de la sociedad, y que tarde o temprano ocupará por completo el universo social" (113, 25). Lo que se desea sugerir, con esta falacia, es que, tarde o temprano, ni las clases altas ni las bajas tendrán importancia social y política. Este tipo de pensamiento — aunque pueda expresar un buen deseo por parte de quienes aún reflexionan de buena fe — es a la vez erróneo y vacío, sin contenido histórico real. En nuestras sociedades no puede darse (de hecho no se da) el crecimiento indefinido del sector terciario de la economía ni de la pequeña y mediana propiedad ni, por otra parte, este crecimiento sería una garantía de desarrollo ni haría desaparecer las diferencias sociales y económicas generadas por las estructuras del capitalismo dependiente. Incluso en países como Costa Rica, en donde la ideología de las 'clases medias' constituye un leit motiv, los informes oficiales desmienten reiterada y enfáticamente sus pseudo — contenidos.³

Desde otra perspectiva, la ideología de las *clases medias* oculta el hecho real de que en la sociedad de organización capitalista los sectores medios — pequeña burguesía propietaria y no propietaria — dependen económica, social e ideológicamente de las capas superiores y por lo tanto ven en el modo de vida de ellas sus propias metas de existencia. Por esto mismo están usualmente muy lejos de ser nacionalistas; por el contrario, profesionales, pequeños y medianos comerciantes, empleados públicos, son quienes se desviven por la ropa y el tabaco extranjeros, por las vicisitudes de las gran-



des estrellas de cine en la metrópoli, etc. De hecho estos grupos, especialmente los que gozan de mayores privilegios en la estructura social, suelen ser marcadamente anti-trabajadores, es decir anti-nacionales y representan, corrientemente, el más firme respaldo para las dictaduras militares latinoamericanas (113, 26). En realidad las 'clases medias' sugeridas por Draper como motor de la Revolución Cubana son por sus características, esencialmente oportunistas y, por lo general, tendencialmente reaccionarias. Probablemente lo que quiere decir Draper es que la crisis del modelo cubano de capital del 50 de modo que en contraposición a la oligarquía habanera privilegiada — el sector más rico de la alta burguesía nacional y extranjera, miembros de la aristocracia obrera especialmente ligados a las tareas de la construcción y sectores pequeño — burgueses y proletarios vinculados a las actividades parasitarias: hoteles de lujo, casinos, prostitución, etc., se levantaba, en el resto del país, una pequeña — burguesía y un proletariado rural y urbano cada vez más excluido de los beneficios de la sociedad de consumo habanera y cuyo malestar engrosaba el de los marginados habituales. Es esta situación la que describe F. Castro en *La historia me absolverá*: *"Nosotros llamamos pueblo a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo . . . a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables . . . a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños que viven y mueren trabajando en una tierra que no es suya . . . a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones . . . a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas . . . a los diez mil profesionales jóvenes . . ."* (105, 38). Es esta situación de polarización originada en las estructuras del capitalismo dependiente agravadas críticamente por la crisis azucarera de la década del 50 (110, 255 — 308) la que lleva a la radicalización a grupos urbanos de la pequeña burguesía cubana cuya práctica revolucionaria, en el marco de ese mismo capitalismo dependiente, les conducirá necesariamente a la revolución socialista. En otras palabras, los jóvenes heroicos del asalto al cuartel Moncada van a aprender a través de su lucha, interna y externa, a través de su relación con los trabajadores y con las organizaciones y partidos de los trabajadores y, después, mediante el ejercicio del poder, que no existe vía pequeño-burguesa o de 'clase media' que pueda remediar estructuralmente la miseria del pueblo cubano y la injusticia social. Draper, que maneja mecánicamente sus conceptos y que además falsea la situación económica y social de Cuba al momento de la revolución (107, 26—29) es incapaz de distinguir entre fuerzas motrices de la revolución (el pueblo descrito por Castro), su fuerza principal en la primera etapa (campesinado) y la fuerza dirigente o vanguardia (pequeña — burguesía radicalizada).

Ello mismo lo lleva a manejar la noción burguesa de 'pueblo', abstracción que implica la idea de un proyecto común de igual valor para todas las clases, capas y categorías sociales de una formación social. Lo que existe, en verdad y pese a Draper, son relaciones de clases entre explotadores y explotados que desembocan en una situación revolucionaria que incluye el conflicto dialéctico también al interior de los grupos revolucionarios, conflicto que irá definiendo cualitativamente las diferentes fases del desarrollo de esta etapa del proceso revolucionario cubano.

Resta todavía por señalar una incongruencia en la argumentación abstracta y analítica, ambigua, con que Draper intenta presentar al proceso revolucionario cubano como una revolución de la 'clase media'. Y ello es nada menos que su afirmación de que, en realidad, el poder de Batista se fundaba no en su ejército sino en 'la clase media' (107, 29) de modo que, en último término, el régimen de Batista se destruyó a sí mismo (107, 20). Es este mismo nivel de abstracción metafísico el que lleva a Draper a afirmar, en 1960, que *"El mismo terror que Castro utilizó contra Batista se está utilizando ahora contra él. Y Castro ha respondido con el contraterrorismo, igual que hizo Batista en su día"* (107,21). De lo que se infiere que Castro habría de caer derrocado igual que Batista, deseo algo neurótico de quienes están incapacitados por su concreta posición social para asumir el carácter real de las fuerzas que realizan la historia y que movilizan a los pueblos⁴.

c) otro punto que señala hacia las bases ideológico—conservadoras e irracionalistas desde las cuales se moviliza el análisis de Draper es su comprensión de lo histórico como una realización de individuos. En uno de los estudios básicos de la Sociología del Conocimiento, K. Mannheim ha mostrado las determinaciones sociales y políticas de esta concepción de la historia (117, 175—208). Desde ella, Draper articula dos momentos diferentes de su argumentación:

1. el proceso revolucionario cubano se ha transformado en la traición de un individuo que no representa a su pueblo (107,62) y
2. el individuo en cuestión tiene características personales que hacen de su traición un proceso natural, necesario e irreversible.

Respecto de este segundo punto T. Draper caracteriza a F. Castro como traidor (107, 30—32 y otras), como equivalente a Hitler (107,33) y a Trujillo (107, 35), como oportunista, como entregado a los comunistas (107, 187), como títere del Ché (107, 26), etc. Un párrafo bastará para sintetizar los buenos deseos y la imparcialidad que Draper usa en su caracterización de F. Castro: *"En Cuba y a causa de Cuba, me temo que estamos viviendo de nuevo muchos de los problemas que nos atormentaron durante la era de Hitler y Stalin. Hitler no nos permitió nunca olvidar los crímenes del tratado de Versalles, las debilidades de la República de Weimar y los millones de parados. Los bolcheviques no nos permitieron nunca que olvidáramos el negro pasado zarista. Por su parte el "Líder Máximo" no nos permite que olvidemos los males del imperialismo, las culpas de los anteriores gobiernos democráticos y la pobreza de los campesinos cubanos. Pero el Vengador del Tratado de Versalles, el Enterrador de la República de Weimar y el salvador de millones de parados era también un nihilista demoníaco que impuso tal degradación a su propio pueblo y cometió tales atrocidades con otros que su solo recuerdo basta para enfermarnos"* (107, 125).

La histeria propagandística generada por la coyuntura 'Cuba—socialista' lleva a afirmar a Draper que *"Castro no se ha unido nunca a causas perdidas o abstractas"* (107, 189), curiosa manifestación de inversión ideológica que hace pensar que el asalto al cuartel Moncada, la expedición del Gramma, la lucha en Sierra Maestra, la invasión de

Bahía Cochinos, por mencionar sólo episodios culminantes de la lucha armada cubana, fueron pic-nics dominicales de los boy-scouts.

Esto último podría parecer puramente folklórico o anecdótico. Sin embargo la relación entre los puntos 1 y 2, es decir la relación **Castro=traición = irreversible**, que hemos señalado, es lo que permite insinuar y proponer entre líneas el siguiente argumento de gran vigencia en la década del 60: la revolución cubana ha sido traicionada por un individuo irreparable en términos morales y políticos; la posición correcta consiste, por tanto, en eliminar al individuo. ¡De este modo la solución económico-política del Departamento de Estado es propuesta también como la solución del pueblo norteamericano!

Y no se crea que existe en el argumento anterior ninguna exageración. Draper mismo explicita y promueve en su libro la tesis del Departamento de Estado que —'curiosamente'— es exacta a la de él: *"La segunda prueba de que se había producido un cambio fue el llamado 'Libro Blanco sobre Cuba' publicado por el Departamento de Estado. Dicho documento definía el 'grave y urgente desafío' que representaba la Cuba de Castro del siguiente modo: "El reto es consecuencia de que los dirigentes del régimen revolucionario traicionaron a su propia revolución, pusieron esa revolución en manos de potencias extrañas al hemisferio y la transformaron en un instrumento que se ha empleado con calculado efecto para aniquilar las esperanzas de democracia que se habían despertado de nuevo en el pueblo cubano, y para intervenir en los asuntos internos de las otras Repúblicas americanas" ~ (107, 105-106).*

Creemos que con estas muestras basta para mostrar el carácter interesadamente ideologizado con que los medios de comunicación social y los trabajadores intelectuales del imperialismo y de las pseudo - burguesías nacionales han promovido y promueven todavía — 117 años después de su derrota militar y política — la cuestión ¿Ha sido siempre Castro comunista?

B.— Algunas técnicas de desinformación

El segundo aspecto por el que el trabajo de Draper merece ser destacado lo constituye la posibilidad de desenmascarar algunas de las técnicas de desinformación que se emplean para entregar a este tipo de discurso un tono objetivo que permita al lector ubicar al autor como un serio analista (¡se trata de un conferencista de Harvard!) del fenómeno estudiado y a ser receptivo, por tanto, el mensaje ideológico-político y a las actividades prácticas propuestas por el trabajo.

Daremos dos ejemplos de estas técnicas:

- 1) **la información estadística — pretendidamente neutral — mezclada con proposiciones concretas que apelan al sentido común.** Draper nos ofrece un paradigma de este género de persuasión y escamoteo: *"Ciertamente, la Cuba anterior a Castro era un país con graves problemas sociales, pero estaba lejos de ser un país campesino o incluso un país típicamente subdesarrollado. Su población era más urbana que rural: el 57 % vivía en las zonas urbanas y el 43 % en las rurales, con una fuerte tendencia a aumentar en*

las primeras (Estos datos son extraídos de la *Geografía de Cuba* escrita por A. Núñez Jiménez, primer director del INRA). *Aquellos cuya subsistencia dependía de la agricultura constituían aproximadamente el 40 % de la población y más de la cuarta parte de ese 40 % estaban clasificados en la categoría de agricultores y criadores. En 1954, la renta nacional se dividía del siguiente modo: la industria azucarera, en su aspecto agrícola e industrial, el 25 %; otros cultivos agrícolas, el 13 %; varias industrias y el comercio, el 40 %; el resto, el 21 %.* En 1954 sólo el 44 % de la fuerza total de trabajo era agrícola. El nivel de vida, bajo si se le compara con el de Estados Unidos y el de Europa Occidental, resultaba alto en comparación con el de América Latina. Sólo tres países, Venezuela, Argentina y Chile, superaban a Cuba en cuanto renta per cápita. La de Cuba era casi tan alta como la de Italia, y mucho más alta que la del Japón. Cuba ocupaba el quinto lugar entre los países latinoamericanos por lo que se refiere a la industria manufacturera, detrás del Brasil, Argentina, México y Chile. Cuba poseía un automóvil por cada 39 habitantes (Argentina 1 por cada 60; México, 1 por cada 91; Brasil, 1 por cada 158) y una radio por cada cinco (detrás de la Argentina, con una radio por cada tres personas). Los turistas cubanos podían gastar en los Estados Unidos más que los turistas norteamericanos en Cuba (subrayado nuestro). *Tras la segunda guerra mundial, los intereses cubanos eran lo suficientemente fuertes como para poder comprar una parte substancial de la propiedad azucarera propiedad de norteamericanos, la cual descendió de un 70 % u 80 % en su punto culminante, alcanzado en los años 30, a un 35 % en 1958. Un estímulo gubernamental en favor de la "cubanización" habría reducido fácilmente esta cifra a la mitad en corto plazo bajo un régimen democrático a la caída de Batista"* (107, 26—27).

No nos interesa, en este punto, señalar la falsedad de la imagen global que respecto de Cuba en la década del 50 presenta Draper en este texto⁵. Lo interesante resulta el procedimiento mediante el cual él despliega sus datos y la imagen que desea crear: necesidad y posibilidad de un régimen 'democrático' a la caída de Batista: en el lector.

En primer lugar, ya lo hemos señalado, la referencia a los datos estadísticos, a las cifras datos permanentemente tenidos por objetivos por el lector medio. Pero, además, cifras entregadas por el primer director del INRA, es decir por uno de los dirigentes del proceso revolucionario. Draper se guarda muy bien, eso sí, de señalar la fuente de los datos estadísticos a través de los cuales compara a Cuba con otros países, comparaciones que debían resultar sugestivas al lector europeo y norteamericano (Italia, Japón). De este modo cubre con la apariencia de la legitimidad y de la impugnación revolucionarias (no cita tampoco correctamente el texto del director del INRA de modo que resulta imposible evaluar su fuente) todos sus datos. Por supuesto, sus comparaciones son abstractas: ingreso per cápita, número de automóviles por habitante, etc. Esta última cifra, por ejemplo, que podría usarse para indicar en cierta medida el standard de vida en los países industrializados, sólo dice del drenaje de divisas y del déficit de la balanza de pagos y del consumo suntuario, para el caso de una economía subdesarrollada del capitalismo dependiente como era el caso de Cuba. Estas comparaciones, por tanto, no dicen nada respecto de la situación real de existencia de las grandes mayorías que 'analiza'. Tampoco se refiere a que sus cifras de diferentes períodos abarcan distintos momentos del proceso económico en su relación con el imperialismo y que reflejan más

que una mejoría económica un cambio en la relación estructural de dependencia. Hemos subrayado la alusión al intercambio de turistas norteamericanos y cubanos y a la proporción (posible) de su gasto porque esa frase muestra la cuidadosa planificación del párrafo y su evidente intención de desinformar. Lo que se dice para los turistas cubanos en USA es válido para todas las oligarquías de los países del Tercer Mundo que pueden pasar sus vacaciones en Europa o USA. ¡Pero desde luego ello no dice nada respecto del carácter saludable de estas economías sino sólo de la mala distribución del ingreso y de la insolencia despilfarradora de estas pseudo—burguesías!

- 2) nuestro segundo ejemplo de las técnicas de objetivación de la propaganda es lo que se ha dado en llamar el uso de una "pared falsa". El truco es sencillo. Consiste en criticar dura y objetivamente un autor, tendencia o texto que busca los mismos objetivos que uno desea lograr pero que presenta argumentos exageradamente neuróticos o fácilmente ridiculizables. Para el caso, Draper realiza la crítica del libro *Red Star over Cuba* de Nathaniel Weyl (107, 40—48). Weyl es una activa ficha de los frentes más burdos de la CIA y como tal su texto incluye acusaciones como las de que el Senado norteamericano está infiltrado por el comunismo y otras semejantes. Criticando tajantemente a Weyl: "método como los que emplea Weyl apenas pueden inspirarnos alguna confianza en sus resultados" (107, 41), "la política cubana es mucho más compleja de lo que parece creer Weyl" (107, 43), Draper, que antes ha arremetido contra Sartre, Swezzy y Huberman y contra Wright Mills, autores progresistas respecto del caso cubano y todos ellos con verdadero peso intelectual y moral, usa su crítica a Weyl para fundar su propia 'moderada' posición que ya hemos visto encierra el siguiente mensaje moral y político: "Hay que eliminar a Castro".

Por el momento, basta con Draper. Nos interesaba mostrar, centralmente, que la cuestión acerca del 'momento' en que F. Castro se hace marxista descansa en una concepción metafísica, burguesa y subjetivista del proceso histórico y que su adopción en el caso de Draper, además de corresponder a su mentalidad reaccionaria, jugó un papel destacado en la agresión coyuntural que el imperialismo tramó contra los dirigentes del proceso cubano y contra la Revolución Cubana misma.⁶

II

SARTRE: EL HEROISMO DE UN PUÑADO DE HOMBRES

En su estudio sobre el proceso revolucionario cubano, V. Bambirra ha señalado, acertadamente, que "Sartre . . . fue uno de los primeros intelectuales con prestigio mundial que escribió sobre la revolución y que la apoyó en forma entusiasta. Pero, mucho más importante, fue uno de los primeros que trató de 'teorizar' sobre ella, aunque sus escritos hayan tenido un corte indudablemente periodístico. Debido en buena parte al brillantismo del autor aliado a la verdadera pasión que ha sentido por la Revolución, su libro tuvo sin duda una gran influencia sobre la interpretación que se desarrolló en el exterior sobre la Revolución Cubana, e, incluso, debe haber seguramente ejercido también su influencia al interior de Cuba" (103, 20). A continuación, Bambirra esboza lo que son sus dos objeciones centrales a la 'teorización' sartreana:

- 1) la deformación histórica respecto del origen y carácter del movimiento revolucionario, deformación que hace a Sartre precursor de la llamada 'teoría del foco' (103, 120) y
- 2) el carácter no mediado que establece Sartre entre ideología revolucionaria y práctica revolucionaria: *"Sartre trata de definir la ideología de la Revolución no a través de un análisis de clase del movimiento revolucionario . . . sino que extrae su definición meramente de la consideración de las acciones concretas realizadas en la práctica revolucionaria"* (103, 122). De aquí se sigue, según Bambirra, una concepción de relación causal de profundización 'ideología — práctica — ideología' que estructura a su vez concepciones 'practicistas' es decir unilaterales e insuficientes para la comprensión del proceso revolucionario.

Antes de referirnos a este aspecto de la crítica de Bambirra señalemos que el texto de Sartre contiene, además de su valor coyuntural y de su excelente y sugestivo tratamiento periodístico — literario, el planteamiento de un conjunto de temas algunos de los cuales han sido, todavía hoy, insuficientemente estudiados y asimilados por las izquierdas latinoamericanas y otros que, por el talento conceptual y literario del autor, son verdaderos ejemplos de demostración de aspectos de nuestra realidad.

SARTRE: PLANTEAMIENTOS Y ESBOZOS DE NUESTRA REALIDAD

Dentro del primer grupo de temas destaca, sin duda, el tratamiento y profundización teórica que Sartre da a la concepción estratégica de la lucha armada; su punto de reflexión es el carácter del ejército cubano: *"Salidos de la aristocracia terrateniente, los jefes de ese ejército participaban de los prejuicios de aquella aristocracia (cubana). Los soldados eran simples mercenarios, campesinos cansados de la miseria, o desempleados que se habían vendido al mejor postor. Cincuenta mil hombres, cuarteles en todos los cruces de los caminos, en las aldeas y en las ciudades, formaron ese ejército. El ejército no obedecía en realidad al jefe del estado cubano quienquiera que fuese. Simplemente se prestaba. En realidad era la fuerza desnuda de los grandes propietarios. Sostenía un régimen en la medida que ese régimen conviniera a sus verdaderos amos (. . .) Llegado el momento, abatía ese castillo de naipes o bien, anunciando su neutralidad, permitía que otros lo abatieran; venía otro jefe de estado, se permitía charlar a su antojo a los nuevos dirigentes, pero sus días estaban siempre contados"*.

"Así las instituciones políticas servían de disfraz a la realidad cubana; enmascaraban la dictadura militar que los terratenientes, aun bajo la democracia, ejercían sobre la miseria. En cuanto al ejército profesional, bajo sus galones y su nacionalismo, ocultaba su doble papel permanente; algunos de sus oficiales, estoy seguro, se llenaban la cabeza de bruma para no ver que protegían contra el pueblo a su casta y, simultáneamente, al imperialismo yanqui. Los más cínicos debían sonreír: estos yanquis habían tenido la malicia de obligar al pueblo cubano a mantener el dispendioso ejército nacional encargado de vigilarlo. De todas maneras, los jefes militares no se interrogaban a sí mismos con frecuencia. Era el ejército del azúcar, y eso es todo" (112, 55). En este esbozo, escrito en 1959, aparecen ya los aspectos fundamentales de los actuales ejércitos latinoamericanos: su real adscripción de clase, definida centralmente por su antagonismo contra quienes considera sus enemigos: los civiles y el pueblo; su 'profesionalismo' que algunos han considerado signo de

'neutralidad' y que es, en realidad, verticalidad práctica e ideológica que le permite (salvo situaciones de crisis o de derrota militar) funcionar como unidad represiva contra los explotados; su dependencia militar, jerárquica, ideológica y situacional directa y absoluta del imperialismo yanqui. Sin embargo, lo más importante es que de este análisis extrae Sartre la legitimación de la estrategia de lucha armada y de guerra popular: "... Castro hizo lo mismo: el ejército era la piedra que había que quebrar. Esas reflexiones produjeron en él un cambio de objetivo que nadie advirtió: en La Habana y en México se creía que atacaba a Batista, cuando éste, para él, sólo contaba a medias. Aun cuando el estado mayor cubano hubiese tomado la iniciativa de derrocar a la tiranía, de llamar al pueblo a las armas, el ejército habría seguido siendo el enemigo público número uno; pediría a los futuros demócratas como a sus predecesores, y en el momento oportuno extraería de su seno al tirano que lo reemplazara (...) Mejor instruido, sabiendo que en la pelea de desquite que iniciaba se lanzaba a una lucha mortal, Castro decidió atacar al enemigo en su única debilidad: se pelearía lejos de las ciudades, en la naturaleza" (112, 70-71). El análisis sartreano fue dramáticamente confirmado por F. Castro el 16 de abril de 1961, víspera de la agresión de Bahía Cochinos: "Esa revolución socialista la defendemos con fusiles. Esa revolución socialista la defendemos con el valor con que ayer nuestros artilleros antiaéreos acribillaron a balazos a los aviones agresores. Y esa revolución, esa revolución no la defendemos con mercenarios. La defendemos con los hombres y mujeres del pueblo. ¿Quiénes tienen las armas? ¿Acaso las armas las tiene el mercenario? ¿Acaso las armas las tiene el millonario? Porque mercenarios y millonarios son la misma cosa. ¿Acaso las armas las tienen los hijos de los ricos? ¿Acaso las armas las tienen los mayores? ¿Quién tiene las armas? ¿Qué manos son esas que levantan las armas? ¿Son manos de señorito? ¿Son manos de ricos? ¿Son manos de explotadores? ¿Qué manos son esas que levantan esas armas? ¿No son manos obreras? ¿No son manos campesinas? ¿No son manos endurecidas por el trabajo? ¿No son manos creadoras? ¿No son manos humildes del pueblo? ¿Y cuál es la mayoría del pueblo? ¿Los millonarios o los obreros? ¿Los explotadores o los explotados?, ¿los privilegiados o los humildes? ¿No tienen las armas los privilegiados? ¿Son minoría los privilegiados? ¿Son mayoría los humildes? ¿Es democrática una revolución en que los humildes tienen las armas? Compañeros obreros y campesinos, ésta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. Y por esta revolución de los humildes, y por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida" (105, 328 - 29). Y sin duda la hubiese entregado, y en la derrota, si la dirigencia cubana hubiese depositado la defensa del movimiento popular y de la Revolución al ejército profesional de su país.

Dentro de este mismo grupo de problemas se encuentra el tratamiento del 'democratismo', aspiración — tendencia que suele separar con frecuencia y a veces tajantemente a los sectores progresistas de los militantes en nuestros países sin que exista una comprensión política del problema que permita, si no zanjarlo, al menos superar su erróneo planteamiento. El problema se suscita a través de las connotaciones ideológicas que encuentra en nuestro tiempo el concepto de 'democracia' entendido exclusivamente a través de su versión liberal — burguesa de 'gobierno del pueblo' expresado a través de alguna forma de sufragio igualitario — abstracto libre. El concepto incluye, necesariamente, la igualdad ante la ley y las oportunidades y el cuestionamiento posible permanente de las instituciones sociales en la medida que no representen los intereses de la mayoría. Esta forma de representación y de ejercicio del poder es publicitada tenazmente por los medios de comunicación social e internalizada hoy fundamentalmente a través de la escuela y del conjunto del aparato de la educación sistemática en el cual el 'democratismo', es decir la tendencia a confundir la suma u organización de las subjetividades circunstancialmente mayoritarias con el

bien objetivo del grupo, suele estar en la base de los 'nuevos' métodos participativos, la actividad y dinámica de grupos . . . que, desde luego, afectan corrientemente a los accidentes del sistema y jamás a su estructura⁷. Por supuesto que el concepto liberal—burgués de democracia descansa sobre una serie de presupuestos cuya no explicitación permiten y avalan la admiración y el respeto que existe por la internalizada oposición **democracia (libertad) —dictadura (esclavitud)**. Algunos de estos presupuestos son: 1) la irrenunciable dignidad y valor del individuo autónomo; 2) la capacidad inmanente a este individuo para llegar al conocimiento de su realidad; 3) el carácter armónico y solidario de la sociedad en su conjunto y por lo tanto la unidad de la **verdad social**; 4) la igualdad de oportunidades sociales; 5) o la flexibilidad ilimitada de la estructura y de las instituciones sociales o la igualdad a priori entre los seres humanos (identidad).

No es necesario, probablemente, concretar históricamente, para mostrar que esos presupuestos no corresponden sino parcial y deformadamente al carácter real que asume el ejercicio del poder en las formaciones sociales. Un solo ejemplo: en 1932 el partido Nacional — Socialista alemán obtuvo, por voto popular, la mayoría del Reichstag con un programa que excluía a los no — arios de la vida política. Pero, independientemente de esta historia '**democrática**' resulta evidente que la ideologización conceptual del sistema democrático — burgués no contempla las **condiciones reales de la existencia de los hombres y de las relaciones que se establecen entre ellos**. En otras palabras, supone como existente real una sociedad abstracta, modelo ideal, no — histórico, respecto de la cual las desviaciones históricas concretas (los choques de intereses, el cohecho, la propaganda compulsiva y tergiversadora, el caso Watergate, Uruguay, etc.) son sólo eso: desviaciones que no afectan la '**verdad**' y '**realidad**' del modelo mismo. El paradigma, entonces, se bastará a sí mismo: es él quien **crea (funda) las condiciones reales de existencia** y al mismo tiempo se constituye en la **respuesta a los conflictos** que se suscitan en la historia. Los hombres, por decirlo así, **han nacido para ser democráticos**. Esta forma ideologizada de la democracia permite, por tanto, referirla ejemplarmente incluso al sistema esclavista griego y, desde luego, a la dominación y la dictadura de clase contemporáneas.

Todavía un segundo punto resulta interesante de destacar dentro de la **ideología del democratismo** contemporáneo; el democratismo supone que todo individuo está en inmejorables condiciones de conocer sus condiciones de existencia de un modo directo e inmediato y asienta en ese conocimiento el ejercicio de la libertad individual, fundamento teórico del libre — sufragio. Esta concepción no resiste ningún análisis. Sistemáticamente desde F. Bacon (1561 — 1626) se reconoce que en las sociedades concretas se interpone entre el individuo y sus condiciones reales de existencia todo el condicionamiento social generado en esas mismas condiciones de existencia y transmitido y promovido por los aparatos ideológicos: escuela, lenguaje, familia, Iglesia (s), medios de comunicación social, etc. De modo que las condiciones reales de su existencia son para el individuo, precisamente, aquello que se encuentra más distante de cualquier forma de intuición. Es por ello que el conocimiento de las condiciones reales de existencia en toda formación social supone un **trabajo científico**. Y el trabajo científico supone el reconocimiento del **ser social** (adscripción de clase) de todo individuo. Así, el fundamento de la concepción democrático — burguesa muestra su fundamento básico: imposibilidad de reconocer y asumir las formaciones sociales concretas y con ello el ser concreto de los individuos. Es decir su imposibilidad de clase para realizar **ciencia y democracia**.

Sin embargo, no por ser '**falsa**' esta forma de concepción de '**lo**' democrático (la demo-

cracia liberal ligada al desarrollo del capitalismo) deja de ser menos influyente en nuestro tiempo como condición ideológica de dominación de la burguesía y como proyección ideológica de su propia concepción del mundo de las dirigencias y militantes pequeño — burgueses. Por eso es que la cuestión planteada por Sartre a la dirigencia cubana en 1959 respecto de la no — existencia de elecciones 'libres' es, todavía, interesante e instructiva: "*¿Qué se pretende? me preguntó uno de ellos — ¿Que votemos? Nada. Transmítale nuestras condolencias, y que no vayan a contar en su país las tonterías norteamericanas: que estamos muertos de miedo de quedar en minoría después de una elección. ¿Cómo se atreven a reclamar al mismo tiempo que los dirigentes cubanos hagan un referéndum, a repetir en todos vuestros libros de historia política, que el referéndum por regla general no es otra cosa que la consagración de un hecho consumado? Conocemos nuestra isla y sabemos que una consulta electoral — referéndum o no — daría a Castro el noventa por ciento de los votos . . .*" "Dije a aquel joven: Admitiendo que vuestras cifras sean exactas, ¿no cree usted que vuelven necesario el referéndum? Sería un triunfo tan grande, que cerraría tantas bocas hostiles, que no entiendo muy bien por qué ustedes se privan de él. — Por una sola razón — me dijo —. No queremos pagar el triunfo de los revolucionarios con el aplastamiento de la revolución. ¿Qué es lo que da sentido a nuestro equipo? La unidad de los puntos de vista, la unidad práctica. Somos muchos en uno; un solo y mismo hombre en todas partes al mismo tiempo; explicamos sin cansancio esa verdad; después que ha expulsado a sus latifundistas, una nación subdesarrollada hace de la producción el denominador común de todas las clases, su común interés. En este momento, ¿qué sería una asamblea electa? El espejo de nuestras discordias.

— Pero usted dice que ya no las hay.

— Justamente, hace falta la tensión del trabajo, una temperatura de fusión para que los grupos y las personas puedan liberarse de sus estrechos puntos de vista. Afortunadamente, todo se hace en caliente. Pero si usted detiene todo para dictar una ley electoral, la gente volverá a dividirse, porque esa ley está hecha para dividirla. La prueba es que la ley se dirá equitativa si los grupos y los intereses están representados en la Asamblea en proporción a su importancia nacional. Por otra parte, es preciso que el elector elija; por lo tanto, habrá por lo menos dos partidos. Eso significa un equipo de repuesto, lo que es demasiado grave, pero también, y sobre todo, una economía de repuesto. Dos economías ¿por qué no? Pero no en nuestra isla y en este momento".

"En seguida me preguntó:

¿Qué haría usted si tuviera que realizar en Cuba una consulta electoral?

Al elector se lo encuentra siempre; no es él quien nos inquieta. ¿Pero los elegibles? Estableceremos sobre el papel la pluralidad de los partidos. Muy bien. Pero los partidos reales, ¿de dónde los saca? ¿Usted cree que renacerán solos? Lo dudamos: vea usted, más bien, con cuánta prisa desaparecen. ¿Cuáles son los árboles secos que pueden reflorar? El Partido Ortodoxo ha conservado una existencia nominal, una categoría social; algunos cuadragenarios lo reclamarían. ¿Pero, se encargaría usted de encontrarle un programa? Esa formación burguesa de izquierda moderada no tendría la audacia de colocarse a la izquierda de los revolucionarios; ni la ingenuidad de colocarse a la derecha. La revolución es irreversible: ¿puede creerse que el pueblo daría sus votos a quien le propusiera volver atrás en la reforma agraria, regresar a cero?"

"La verdad es que ninguna oposición es posible hoy en el hemisferio: la revolución, en la unidad de su acción práctica, es forzosamente su propia derecha y su propia izquierda. Es en ella don-

de se han encontrado y ligado resistentes y rebeldes. Todo nuevo partido debería aceptar de entrada los cuadros de la actividad revolucionaria, su objetivo fundamental y sus medios; nada podría hacer sin retomar por su cuenta el objetivo actual de toda la isla: aumentar la producción”.

“¿Dónde, entonces, estarían las divergencias? De todas maneras, la urgencia es para todos la misma. Hay que marchar de prisa. Por doquier, como veremos, la gente aprende a exigir; todos tienen interés en apresurar el movimiento. ¿Se imagina a un candidato que se distinga del equipo revolucionario proclamando ante los electores que marchará más lentamente? El único medio de separarse sin perderse, sería adelantarse” (112, 124 – 126).

En la respuesta, probablemente del Che, se encuentra planteado y resuelto el problema real, no ideológico, de lo que hemos llamado **democratismo**; en la respuesta, el problema real del ejercicio del poder, revolucionario y democrático, no deriva de la suma de conciencias y voluntades individuales sino del examen concreto de las posibilidades históricas (económico – políticas), es decir, objetivas, de los sectores populares, incluso independientemente de esas voluntades y conciencias individuales. El aparato revolucionario cubano es, en la respuesta, *“su izquierda y su derecha”* precisamente porque se ubica en la realización histórica de las tendencias populares, es decir porque era **efectivamente revolucionario**, condición que no derivaba de la voluntad de sus dirigentes sino de la formación social concreta (lucha de clases) en que ellos se encontraban insertos. En la respuesta del dirigente cubano el concepto de ‘democracia’ recibe el único tratamiento que lo torna real: su caracterización en términos de intereses de clase

De esta forma también el democratismo recibe su sanción de clase; de origen burgués el democratismo encuentra su más fuerte expresión en los sectores más privilegiados (económica, científica, moralmente) de la pequeña burguesía, excepcionalmente **elitista** y **subjetivista** desde la perspectiva de su proyección social. El democratismo muestra así no estar en la base de ninguna forma real, histórica, de ejercicio del poder, sino constituir sólo una forma ideológica, elitaria, de refuerzo y justificación de la dominación de clases, forma ideológica que encuentra su fundamento histórico, a la vez, en el desarrollo de una de las tendencias al interior del desarrollo de las formaciones del capitalismo monopólico industrial contemporáneo.

Dentro del segundo grupo de cuestiones acertadamente dibujadas por Sartre figuran los esbozos que realiza de alguna de las formas que asume nuestra lumpen – burguesía y con ella sus trabajadores intelectuales:

“Todas las capitales del mundo han conocido a esos hombres pálidos y gordos, siempre abrumados, inclusive en París, por el recuerdo de una temperatura subtropical de la que han huido. Esos productos semielaborados (como su azúcar) venían a refinarse en Europa: uno de ellos conocía todos los sellos postales emitidos por Alemania; otro, la historia de nuestros gobelinos . . . Pero allá, en su país, y aunque estuvieran ausentes, seguían siendo bárbaros, porque devastaban las tierras más fértiles con una voracidad grosera, con los métodos más rutinarios, abandonando el resto de las zafra” (112, 48).

Del mismo modo Sartre adelanta el carácter que tendrán las dominaciones militares generadas por el imperialismo, para sostener y profundizar su dominio, en la década del 60: *“Pero si los intereses del azúcar encontraron en 1952 un defensor tan cruel y grotesco, no fue ciertamente por*

casualidad. El propio Machado que tiranizó a Cuba hasta 1933, permanecía al nivel del hombre. Hombre ávido y perverso, sin duda; pero todavía la isla no estaba enferma, todavía no necesitaba el gobierno de un mono. Cuando un chimpancé se apoderó del poder en 1952, las cartas estaban jugadas y los amos de la isla — en su suelo o en el extranjero — comprendían oscuramente que no había más que una selección: los cubanos serían monos o revolucionarios” (112, 60 — 61). He ahí descrita la disyuntiva que el imperialismo y los ejércitos ‘nacionales’ plantean hoy a la casi totalidad de los pueblos iberoamericanos: o bestias o humanos.

SARTRE Y LA HISTORIA: LA ADMIRACION POR LOS INDIVIDUOS

Los anteriores aciertos de Sartre, sin embargo, pierden en parte su fuerza cuando se les considera dentro del contexto general de su pensamiento. Como derivación, en cierta medida, del carácter periodístico y coyuntural de su trabajo, Sartre dibuja un proceso revolucionario prácticamente sin historia, es decir sin ligazón a la concreta lucha de clases cubana, obra de un puñado de hombres singulares dirigidos por un líder que a ratos alcanza caracteres míticos: “Castro no miente: es verdad que este hombre complejo, completamente interesado cuando se trata de la isla, desinteresado hasta la indigencia cuando se trata de sí mismo, vive todos los acontecimientos bajo todos los aspectos a la vez; descubre alegrías personales o un instante de felicidad en las empresas más austeras y, con la misma sinceridad, encuentra la utilidad nacional de un placer fugitivo y particular” (112, 197). Este admirado temple que proyecta características sobrehumanas a los revolucionarios se encuentra en todos los momentos de la obra: “Eran ochenta que venían de México, amontonados en un barco viejo. El mar estaba picado y habían necesitado casi una semana para cruzar el golfo. Cuando pisaron la costa, no lejos de Santiago, habían creído morir: muchos apenas podían arrastrarse, exhaustos a causa de los vómitos. Los soldados y los policías los esperaban. Algunos jóvenes debían levantar en armas a la ciudad para apoyar el desembarco; pero la tempestad había retrasado el barco, el motín había estallado el día fijado y los jóvenes rebeldes, solos y sin recursos, habían sido muertos. En consecuencia, las fuerzas del orden estaban alertas: señalada y acosada, la pequeña tropa se dividió en comandos. Tenían un solo objetivo: la montaña, donde volverían a reunirse. Muchos faltaron a la cita: algunos fueron perseguidos, muertos o hechos prisioneros; otros se extraviaron y un grupo se dirigió a la capital para crear allí una red clandestina. Un puñado de hombres alcanzó las cimas de la Sierra Maestra (subrayado nuestro), la cadena más alta de la isla, y se ocultaron entre las nubes que rodean permanentemente aquellas cumbres (112, 27). Estos hombres, según Sartre, no contaban con nadie. “Faltó poco para que el primer guía que les ofreció sus servicios los hiciera capturar: estaba vendido al ejército” (112, 72). Lo que Sartre señala acerca del primer guía es corroborado por el Ché en Pasajes de la guerra revolucionaria. Pero la descripción de contexto del Ché altera la significación de ese acto de traición individual: “Seguimos nuestro camino, pero con la gente cada vez más negada a caminar; esa noche, o tal vez la siguiente, casi todos los compañeros se resistieron a seguir y tuvimos que llamar entonces a las puertas de un campesino en las orillas de un camino real, en el lugar llamado ‘Puercas Gordas’ nueve días después de la sorpresa. Nos recibieron en forma amable y seguidamente un festival ininterrumpido de comida se realizó en aquella choza campesina. Horas y horas pasamos comiendo hasta que nos sorprendió el día y ya no podíamos salir de allí. Por la mañana llegaban campesinos avisados de nuestra presencia que, curiosos y solícitos, venían a conocernos y a darnos algo de comer o a traernos algún presente” . . . “Nosotros estábamos en casa de un adventista llamado Ar-

gelio Rosabal a quien todos conocían como "El Pastor". Este compañero, al enterarse de la noticia, hizo contacto rápidamente con otro campesino de la zona, muy conocedor de ella y que se decía simpatizaba con los rebeldes. Esa noche nos sacaba de allí y nos llevaba a otro refugio más seguro. El campesino que conociéramos aquel día se llamaba Guillermo García, hoy Jefe del Ejército de Occidente y miembro de la Dirección Nacional de nuestro partido. Después estuvimos en algunas casas campesinas; Carlos Mas, incorporado al Ejército más tarde, Perucho, otros compañeros y cuyos nombres no recuerdo" (109, I, 94 – 95). De modo que la aserción de Sartre es sólo parcialmente correcta. El apoyo campesino fue fundamental para la supervivencia de los desembarcados del Gramma y ese apoyo resulta absolutamente imposible de explicar fuera del contexto objetivo de la lucha de clases a nivel económico, político e ideológico que se desarrollaba en ese momento en Cuba.

De hecho para Sartre el proceso revolucionario cubano se desarrolló como si no hubiese tenido historia: *"Lo que me sorprende en Cuba es que las perturbaciones hayan comenzado tan bruscamente. Nada las anunciaba. No se preveía la menor catástrofe. Cuatro años antes, un golpe de estado había dado el poder a Batista y poca gente había protestado; se resignaban a la dictadura por asco a sus asambleas charlatanas y podridas. Así las cosas, el 26 de julio de 1953, un joven abogado, Fidel Castro, se lanzó con un puñado de compañeros al asalto del cuartel Moncada. Lo apresaron, lo encarcelaron en fortaleza y lo condenaron. La opinión pública no lo apoyó". (112, 24). Después del Moncada, y según Sartre, nada. "Tumultos sordos en algunas regiones campesinas; pero el ruido se perdía en los campos y no llegaba a las ciudades. El orden reinaba en Cuba" (112, 25).*

En realidad el proceso es radicalmente diferente al indicado por Sartre. Fidel Castro y su grupo 26 de Julio poseían una historia política enmarcada en la situación concreta de la lucha de clases cubana y que se remontaba orgánicamente al Partido del Pueblo Cubano Ortodoxo, fundado en 1947 por Eduardo Chibás, organización de orientación nacionalista y 'purificadora' (moralista), como asimismo en el pensamiento nacionalista – democrático de José Martí (1853–1895). Pero además, y como ha señalado José Bell Lara en *La fase insurreccional de la revolución cubana*, en la etapa que corre desde la fundación del Movimiento 26 de Julio (1955) hasta el desembarco del Gramma . . . se desarrolla una actividad global contra la tiranía, se editan manifiestos, periódicos, se pintan paredes, se realizan manifestaciones, se extiende la organización a lo largo de toda la isla, se sabotean los servicios públicos . . . y todo presidido por la bandera de la lucha armada. *"Es decir hay una acumulación de simpatía, de participación del pueblo, de experiencia en la lucha, entrenamiento de cuadros, que permitirán el desarrollo de nuevas situaciones provocadas por el movimiento revolucionario"* (103, 55). Al mismo tiempo, y en directa conexión con este proceso de agitación y organización políticas, desde el asalto al cuartel Moncada al desembarco del Gramma importantes factores políticos y económicos habían modificado el temple de la lucha de clases. En primer lugar, los sucesos del Moncada habían impactado a la conciencia popular, pese a la condena que del hecho hicieron los partidos de izquierda. En segundo término, durante el período en que los sobrevivientes del Moncada permanecieron en la cárcel, se desarrolló un movimiento en el que participó activamente el Partido Socialista Popular (PC) y que tuvo como objetivo inmediato la amnistía general pero que indirectamente creó un clima antidictatorial y logró generar tendencias de "liberalización" en el interior de la dictadura batistiana⁸. Económicamente, durante este período, se produce una huelga azucarera (1955) que comenzó por una reivindicación económica, el pago del diferencial azucarero, y luego se transformó en lucha política en contra de la dictadura

llegando incluso a la forma militar de la lucha de barricadas. La huelga fue duramente reprimida por la dictadura pero las manifestaciones populares se continuaron mediante la acción del movimiento estudiantil universitario que, vanguardizado por el Directorio Revolucionario, promovió la lucha insurreccional contra la dictadura (103, 37). Socialmente, en el campo, la situación era explosiva (115,9). Es en este contexto que desarrolla su agitación y organización insurreccional el 26 de Julio y es teniendo una visión política general del proceso — visión que incluía el reconocimiento de la crisis de partidos y dirigencias al interior de la isla para enfrentar a la dictadura — que F. Castro precipita la expedición del Gramma (118,53). Y este contexto de ascenso de la protesta popular y del movimiento de masas tampoco es casual sino que se ligaba a las condiciones específicas que llevaban a la crisis al modelo estructurado de capitalismo subdesarrollado dependiente cubano: a) Cuba no había podido llevar a cabo un proceso de diversificación y desarrollo industrial en los años 30, como ocurrió con otros países latinoamericanos; b) los precios del azúcar habían caído violentamente después de la guerra de Corea (junio 1953) y c) el monto de las inversiones norteamericanas ascendían a más de mil millones de dólares, cantidad sólo sobrepasada por Venezuela y Brasil (110, 273). Es, en realidad, en medio de este proceso de crisis económico—social, de organización y agitación políticas e ideológicas, que desembarca el “puñado de hombres” sartreano.

Sin embargo, el olvido de la historia que realiza Sartre es sólo parcial. En verdad el pensador francés considera el marco histórico general de Cuba (112, 33—43). Lo que Sartre no relaciona es la acción de los revolucionarios con ese cuadro concreto de relaciones que es la historia cubana del período y el pasado político de esos mismos revolucionarios resulten, por singulares, abstractas: *“Trabajando veinticuatro horas seguidas y más; acumulando las noches de vela; mostrándose capaces de olvidar el hambre, hacen retroceder para los jefes los límites de lo posible. Semejante triunfo provisional; esa imagen presente en todas partes, de la revolución actuando siempre, alienta a los trabajadores de la isla a liquidar definitivamente el fatalismo y a conquistar todos los días; sobre el viejo infierno irrisorio de la imposibilidad. Para decirlo todo, los jefes hacen lo imposible. Lo hacen cada día y saben que no lo harán mucho tiempo: la imposibilidad vencida se venga del vencedor acortándole la vida. Pero, ¿experimentan ellos un gran deseo de morir viejos? No les agrada el rebelde que se retira: la rebelión no es un honoraristo”* (112, 149).

Es probablemente su propia concepción de la historia — propuesta en *Crítica de la Razón Dialéctica* y en *El existencialismo es un humanismo* como realización individual — social de proyectos que objetivan y trascienden la situación del hombre — la que lleva a Sartre a extremar la descripción emotiva, y el carácter moral del proceso revolucionario cubano: *“Había que recomenzar cada día, por todo el tiempo que fuese necesario, aquel trabajo difícil, monótono, hasta que la pequeña tropa acrecentada con numerosos reclutas, mejor armada y ya terrible, concitara todas las esperanzas de la nación; hasta que el pueblo, testigo de aquella lucha desigual, rompiera las cadenas del escepticismo y la resignación y transformara un ‘combate dudoso’ en una revolución”* (112, 25). *“Los cubanos deben triunfar o lo perderemos todo, hasta la esperanza”* (112, 204). Al acentuar este aspecto y al relacionarlo con el carácter excepcional de sus dirigentes necesariamente Sartre realiza un proceso de subjetivación del movimiento revolucionario cubano y hace derivar sus principales logros en este período de la omnisciencia de sus líderes: *“Fidel sabía que los principios son abstractos, imperiosos, inflexibles, y pensó tan mal del futuro gobierno que, no pudiendo quitar a Urrutia, prefirió excluirse de él”* (112, 96) o de la potencia de su voluntad como en el caso de la Reforma Agraria (112, 101 — 106). De este modo las realizaciones del proceso cubano

devienen concreciones de individuos desligados objetivamente de las fuerzas sociales y de las masas a las que despiertan, orientan y dirigen fundamentalmente por efectos de mostración: *“Pero, al ganar la montaña, se habían fijado un objetivo inmediato: la publicidad. Ante todo, darse a conocer; ocultarse de los regimientos de Batista, pero no al país”* (112, 28), *“poner rabiosos a los militares y ofrecer a los campesinos el espectáculo de las columnas prendidas en las laderas de la sierra, subiendo con gran trabajo hasta la mitad del camino hacia las cimas y bajando de nuevo con las manos vacías, para volver a subir más tarde y regresar a los valles, con la estúpida obstinación de las moscas”* (112, 29), pero a las que no se vinculan orgánica ni socialmente: la revolución, es decir su práctica económica, política, militar e ideológica resulta fundamentalmente la acción de un puñado de hombres y de su proyección: el Ejército Rebelde. No existe aquí lugar para el partido ni conformación dialéctica de ese mismo ejército ni posibilidad o alternativa histórica: la Revolución Cubana decidió su destino al sobrevivir los expedicionarios del Gramma. .

Pero al realizar Sartre esta dicotomía dirigentes — masas, y al eliminar la mediación orgánica del partido o la organización revolucionaria, se desdibujan los que él mismo ha señalado como logros del proceso cubano; en efecto, y por ejemplo, ¿de dónde extraería su aval moral la dominación revolucionaria si no es de su definición de clase? Concretemos: ¿cómo explicar la sustitución de Urrutia, figura moral de primera importancia en la lucha contra la dictadura, si no es de una definición de clase asumida por la dirigencia del proceso cubano? ¿O es que la voluntad de F. Castro podría estar avalada solamente por su éxito político — militar? Ello conduciría a una interpretación radicalmente idealista y personalista (oportunista) del proceso. El éxito de la estrategia de lucha armada derivó de las condiciones objetivas de la lucha de clases en Cuba en la que la guerrilla, y posteriormente el Ejército Rebelde, se introduce como un factor dinamizador revolucionario. Pero el éxito de F. Castro no fue por tanto el resultado de un tributo ni exclusiva ni fundamentalmente personal sino que el resultado de su adecuada inserción de clase (transformación de clase) en y para los intereses de las clases objetivamente revolucionarias. En otras palabras la omnisciencia de los dirigentes revolucionarios cubanos no fue solo el resultado de su gran capacidad personal (unilateral) sino que de su capacidad para integrarse dialécticamente al proceso revolucionario en el sentido de la historia. Y es esa integración dialéctica dirigentes — masas precisamente a lo que hemos llamado historia del proceso revolucionario cubano. La posición sartreana llevaría, en último término, a la negación no sólo de la comprensión de esa historia sino que a la posibilidad misma de realización de esa historia.

Una concreción nos permite entender cómo la concepción pequeño — burguesa que está en la base de la ideologización sartreana de la historia de ser efectiva impediría el proceso histórico mismo. En efecto, al depender los acontecimientos revolucionarios fundamentalmente del carácter excepcional de sus dirigentes a los que por su misma excepcionalidad se les niega historia (la historia no sería sino el resultado del desarrollo interno de ese individuo), un accidente fortuito o un incidente normal de la lucha armada precipitarían indefectiblemente la derrota de la Revolución. Esta última interpretación nos muestra el carácter subjetivo—fatalista de esta forma de interpretación de la historia y su origen de clase en un grupo social cuyo único patrimonio aparente es su individualidad o libertad personal: la pequeña burguesía intelectual. Sus derivaciones son evidentes: segregación de las masas, directivismo, elitismo, pero, por sobre todo, radicalización exacerbada o sobre o por debajo de las posibilidades—necesidades históricas. Nada más lejos de este cuadro que la fundamentación que hizo F. Castro en abril de 1962 acerca del fracaso de la invasión mercenario — imperialista de Bahía Cochinos: *“¿Dónde estuvo el error de los que tan minuciosamente habían realizado aquellos planes? ¿Dónde se equivocaron? Se equivocaron al medir la*

moral de nuestro pueblo, el valor de nuestro pueblo y la fuerza de una revolución. Esa fuerza, esa moral, ese valor, fue lo que ellos resultaron incapaces de medir, entre otras cosas porque no puede medirse. El valor de un pueblo que defiende su tierra, la moral y la fuerza de una revolución que defiende la justicia de su causa no puede medirse. Por eso los agresores han fracasado frente a todas las revoluciones verdaderas, porque han sido incapaces de medir la fuerza de las revoluciones" (105,336). Nada más lejos de la concepción sartreana del proceso revolucionario que la descripción de Castro respecto del fundamento de un pueblo revolucionario. Y en cuanto al carácter excepcional, no específico, del proceso cubano, resulta útil citar a E. Guevara: *"Sin embargo, nadie podría afirmar que en Cuba había condiciones político—sociales totalmente diferentes a las de otros países de América y que precisamente por esa diferencia, se hizo la Revolución. Tampoco se podría afirmar, por el contrario, que a pesar de esa diferencia Fidel Castro hizo la Revolución. Fidel, hábil y grande conductor, dirigió la Revolución en Cuba en el momento y en la forma en que lo hizo interpretando las profundas conmociones políticas que preparaban al pueblo para el gran salto por los caminos revolucionarios. También existieron ciertas condiciones que no eran tampoco específicas en Cuba, pero que difícilmente serán aprovechables de nuevo por otros pueblos, porque el imperialismo, al contrario de algunos grupos progresistas, sí aprende con sus errores"* (109, I, 234 – 235).

En síntesis: los aciertos sartreanos en relación a episodios relevantes de esta etapa del proceso revolucionario cubano: estrategia de lucha armada, análisis de las FF.AA nacionales, Reforma Agraria, brillante conducción, etc., se ven oscurecidos y deformados por su concepción del proceso histórico estructurado desde un punto de vista subjetivo y, en último término, idealista. Ello lo lleva a recalcar el carácter moral y mostrativo de la lucha revolucionaria — faceta especialmente atrayente-atractiva en esta etapa — y a desconocer la relación político — militar que ella establece en el contexto cubano de la lucha de clases. De este desconocimiento resulta el carácter eminentemente voluntarista y elitista y por ello mismo fatalista que adquiere en su descripción la Revolución Cubana. Es desde este tipo de descripciones que se ha desprendido el carácter excepcional del proceso cubano, caracterización que, independientemente del deseo de Sartre, ha sido uno de los argumentos fundamentales de quienes sostienen la imposibilidad de la revolución y por tanto de la liberación continental (109, I, 233–250). Es decir de quienes niegan precisamente una de las mayores enseñanzas del proceso revolucionario cubano: que la revolución es posible.

III

REGIS DEBRAY: EL FOCO Y EL REFORMISMO

Los principales textos de R. Debray sobre el proceso cubano que aquí nos interesan son **El castrismo: la larga marcha de América Latina** (1967), **América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria** (1966) y **¿Revolución en la revolución?** (1967). Aunque el mismo Debray ha considerado los dos primeros textos citados *"simples artículos de revista, esquemas deshilvanados destinados a un público europeo"* (118, 120), y sobre **¿Revolución en la revolución?** ha indicado que lo considera *"un panfleto político con abreviaciones voluntariamente exageradas y cortes conscientemente abruptos de un trabajo que es en sí mismo un extracto ideológico impuesto por su contenido práctico . . ."* (118,112), estos textos precipitaron en su época una aguda polémica al interior de las izquierdas latinoamericanas que tomaron decidido partido a favor o en contra

de lo que supusieron eran las tesis de Debray referentes no sólo al proceso cubano sino que a la revolución latinoamericana (118). Así Debray fue considerado por algunos *"uno de los ejemplos más brillantes de análisis marxista – leninista que haya aparecido en muchos años"* (118, 70) y por otros como el autor de un *evangelio* (catecismo) de la revolución latinoamericana (118, 101). Las críticas más acentuadas y teóricas han surgido de A. Gunder Frank y S. A. Shah, *Las clases, la política y Debray*, V. Bambirra, *Los errores de la teoría del foco* y por S. Torres y J. Aronde, *Debray y la experiencia cubana*.

A grandes rasgos estas críticas a Debray pueden reseñarse en los siguientes puntos: a) la abstracción de su análisis que no descansa en una comprensión de la estructura y la lucha de clases en América Latina y deriva, por tanto, en una *separación real entre la teoría y la práctica* (118, 20). De esta separación deriva el carácter abstracto de las recomendaciones de Debray y en ella pueden fundarse las opiniones que estiman sus textos simples 'panfletos' políticos, o peligrosos 'catecismos' revolucionarios, inaplicables para cada situación específica.

b) la subordinación a que relega al partido revolucionario respecto de la guerrilla; de hecho, la guerrilla hace al Partido: *"La guerrilla es el Partido en gestación"* (106, 242).

c) la subordinación de la ciudad al campo, correlato de la subordinación de lo político a lo militar, expresión ésta de la separación entre estrategia revolucionaria de lucha armada y lucha armada como táctica reformista (106, 241).

d) no conocer realmente la experiencia cubana (118, 51 – 69) y extrapolar sus conclusiones desde una *asunción superficial* del proceso revolucionario.

e) su énfasis en una sola determinada forma de lucha: la *guerrilla*, en la versión teorizada por el Ché (109, I, 23 – 62).

En *Diez años de insurrección en América Latina*, V. Bambirra ha sintetizado así su propia concepción del pensamiento de Debray: *"Las tesis fundamentales de Debray son: el carácter de liberación nacional, antioligárquico, antifeudal y antiimperialista de la revolución; el campesinado es la clase fundamental, el campo es el escenario principal de la lucha y las ciudades son la retaguardia; la dirección del movimiento revolucionario está en la guerrilla, el partido se forma durante el desarrollo de la lucha guerrillera; la lucha guerrillera es su forma principal"* (102, 391). Esta concepción, que ha sido llamada *teoría del foco*, y que tiene sus orígenes concretos en la práctica revolucionaria cubana y en los escritos y discursos del Ché y de F. Castro, se habría revelado, según la misma autora *"insuficiente teórica y prácticamente para orientar y dirigir la revolución en el continente"* (102, 391). Sus resultados prácticos serían el fracaso de los focos guerrilleros de Luis de la Puente y Guillermo Lobatón en Perú, los de Turcios, Yon Sosa y César Montes en Guatemala, el de Douglas Bravo en Venezuela, el de Fabio Vásquez en Colombia, etc. (102, 392). Debray ha contestado implícitamente a algunas de las críticas y a las derivaciones que se han construido a partir de su pensamiento de la siguiente forma: *"El objetivo de ¿Revolución en la revolución? no era el estudio de las condiciones a partir de las cuales se hace posible, en América Latina, un proceso de lucha armada, sino el hacer un breve estudio de algunos movimientos de lucha armada que efectivamente se han desarrollado en la última década. Este folleto no se ocupa, por lo tanto,*

de saber "si las condiciones están o no maduras" pero sí de lo que ocurre donde lo están en grado tal como para dar origen a una lucha armada organizada" (118, 117) (subrayados nuestros). Antes de precisar el grado de validez de algunas de las críticas referidas al pensamiento de Debray — algunas veces desplazado, o deformado, para poder ser criticado — es necesario precisar el momento (político — ideológico) en que se inscriben sus obras.

DEBRAY: LA 'LEGITIMIDAD REVOLUCIONARIA'

Huberman y Sweezy, intelectuales y editores de *Monthly Review*, han mostrado acertadamente que los textos de R. Debray encuentran gran parte de su fuerza y de su debilidad en el hecho que ellos han llamado reto y quiebra de la 'legitimidad revolucionaria'. La 'legitimidad revolucionaria' a su vez no es sino la expresión de la actitud que fundamenta la línea estratégico — táctica de los Partidos Comunistas latinoamericanos vinculados orgánicamente al Partido Comunista soviético y que brevemente puede ser sintetizada así: "Sólo un comunista (PC) es revolucionario; luego, todo lo que está dentro de la línea del Partido Comunista es revolucionario; lo que está fuera de esa línea no puede ser revolucionario; será, por tanto, contrarrevolucionario".⁹ No se crea que en la anterior argumentación existe exageración. Un dato concreto puede entregar una imagen más precisa acerca de la exclusividad revolucionaria que se atribuyeron y ostentaron estos partidos durante prácticamente cuarenta años. El *Siglo*, periódico oficial del Partido Comunista de Chile, comentó así el asalto al Cuartel Moncada realizado por F. Castro y su grupo en 1953: "El pueblo cubano acaba de ser víctima de una nueva agresión del imperialismo yanqui. Acaba de producirse en ese país una asonada cuartelera que tiene todas las características de los golpes de mano que preparan y ejecutan fríamente los agentes de Wall Street para consolidar el poder de los gobernantes títeres cuando empieza a subir la ola de descontento popular. La consecuencia de esta agresión, empieza ya a sufrirla el pueblo cubano en su propia carne" (106, 102). Las causas de esta verdadera grosería política e 'informativa' avaladas por la firma de un miembro de la Comisión Política, deben ser rastreadas fundamentalmente en la orientación política de los PC latinoamericanos en el período ("no a la vía armada") y más específicamente a la estrategia electoralista del PC chileno que estaría a punto de rendir sus frutos en 1958 — su candidato cayó derrotado por 35.000 votos en un total de 1.300.000 — para llegar al (su) éxito en 1970.

Sin embargo, el monopolio de la actividad, ideas y cuadros revolucionarios no habían llegado hasta los PC prosoviéticos de un modo casual. En realidad el monopolio, que se intenta ejercer todavía en la mayoría de los países latinoamericanos, deriva radicalmente del éxito de la Revolución Rusa y del Estado socialista construido a partir de ella. Este éxito confirió a Lenin y a su Partido Bolchevique una autoridad y prestigio sin precedente ni rivales. De esta autoridad y prestigio surgió la Tercera Internacional (1919 — 1943), estado mayor de la revolución mundial, que durante toda su existencia estuvo controlado por el PC soviético que de este modo se transformó en la suprema autoridad política e ideológica del movimiento comunista mundial. Las exigencias prácticas de la II Guerra Mundial llevaron a la disolución de la Tercera Internacional (Comintern), pero el cambio de organización no conllevó un cambio de conducta: el movimiento comunista mundial se mantuvo asido a una rígida ortodoxia; a cada partido y a cada militante se le exigió una ciega lealtad a la línea fijada por el centro; toda desviación conducía a la autocritica o a la expulsión y persecución. Sólo durante el período de posguerra comenzó a cambiar esta situación. El surgimiento de otros países y gobiernos socialistas produjo readecuaciones en el tratamiento que el PC soviético podía mantener con los restantes

PC del mundo. El primer cisma se produjo entre Yugoslavia y los restantes países del área socialista (1948). En 1960 se asistió al desenlace del conflicto chino — soviético iniciado en la década del 20 y que condujo a la ruptura pública entre los dos más potentes países socialistas. Hoy día no puede hablarse ya de homogeneidad en el campo socialista. Los modelos indochino, coreano, rumano, etc . . . no se esfuerzan por mostrarse particularmente ortodoxos e incluso en países en donde el PC no ha llegado a ser gobierno (Italia , Francia) se advierten discrepancias teóricas e ideológicas respecto de la conquista del poder y de la construcción de una sociedad de trabajadores que apuntan (señalan) hacia el carácter tenso y contradictorio que asumen las diferentes posiciones, hoy, al interior del mundo socialista.

Sin embargo este proceso de diversificación generado por el cambio entre las relaciones de los diferentes PC a nivel mundial no afectó, a nivel nacional, el fenómeno de la 'legitimidad revolucionaria'. Mediante un artilugio, que los lógicos suelen llamar *falacia de división*, cada PC local siguió, en la práctica, considerándose como el único representante y mentor legítimo de las fuerzas revolucionarias de su propio país y, por tanto, como el único partido con derecho a llamarse marxista — leninista.

Es esta institucionalizada 'legitimidad revolucionaria' la que es destrozada, en primer término, por el hecho histórico de la Revolución Cubana: la estrategia de lucha armada, desde luego, no fue iniciativa del PC cubano y no fue asumida por él sino tardíamente y sólo en vistas de impedir su aislamiento y suicidio político; con posterioridad la cuestión de la 'legitimidad revolucionaria' es develada y expuesta a la crítica por los textos de Debray que son textos no anti-Partido, como suelen escribir algunos de sus detractores, sino que anti-partidos que se llaman a sí mismos comunistas y marxistas — leninistas pero que son, en los hechos, partidos incorporados al status (incluso a veces bajo el aspecto de la clandestinidad), es decir partidos reformistas.¹⁰ Al respecto, Debray es claro: *"Tanto en la discusión como en la propaganda, el término 'masas' es agitado por los partidos reformistas como un mito soreliano a la inversa, para no hacer nada. En la teoría, es el medio de terminar con la dialéctica, que tiene sus exigencias, y descansa en el mecanismo de las alternativas metafísicas. Un dirigente de PC argentino nos dijo la última palabra para sintetizar la política del Partido: "Todo con las masas, nada sin ellas". Preguntado sobre qué pasaría con una consigna tal en caso de un golpe militar — tradición argentina —, este dirigente 'político' no supo sino expresar su temor a los provocadores y reconocer que, si las masas no salían a la calle, el Partido solo no podría organizar la Resistencia. Este razonamiento explica por qué las calles de Río y de Sao Paulo permanecieron desiertas el 1° y el 2 de abril de 1964, cuando miles de personas estaban dispuestas no sólo a manifestar en las calles, sino también a combatir, pero, ¿con quién?, ¿bajo qué bandera?"* (106, 50).¹¹ Según Debray, el problema de la incapacidad revolucionaria de estos PC es el resultado de su propia historia: los partidos comunistas latinoamericanos no poseen la experiencia histórica de los partidos comunistas chino y vietnamita, por ejemplo, a los que su propia práctica los lleva, a pocos años de su fundación, a transformarse en partidos de vanguardia, dotados de una línea propia, elaborada independientemente de las fuerzas socialistas internacionales y profundamente ligadas a su pueblo (106, 236). Estos partidos *"realizan en la práctica la alianza de la clase mayoritaria y la clase de vanguardia: la alianza obrero — campesina. El Partido Comunista, en ese caso, es el resultado y el motor de esa alianza. Los dirigentes, igual: no artificialmente nombrados por un congreso o subrogados por una tradición, sino probados, labrados y templados por esa terrible lucha que han hecho victoriosos"* (106, 237). En opinión de Debray las circunstancias históricas no han permitido a la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos

el mismo arraigo ni igual desarrollo. Los PC latinoamericanos no han vivido, desde su fundación y hasta el mismo punto el problema de la conquista del poder, no han tenido que situarse a la cabeza de una guerra de liberación nacional y no han podido, por tanto, realizar la alianza obrero – campesina. El resultado de este conjunto de circunstancias históricas ha conformado política, ideológica y orgánicamente a los PC latinoamericanos tornándolos incapaces para ser vanguardia e incapaces, por tanto, para organizar y dirigir la revolución. Debray sintetiza sus planteamientos en tres tipos de necesidades políticas y orgánicas para las que los PC tradicionales no tienen respuesta:

- a) **necesidad de un nuevo estilo de dirección:** la estrategia de lucha armada exige que el grueso de la dirección abandone la ciudad y se incorpore al ejército guerrillero (106, 238). Esto conlleva problemas ligados al más elemental nivel biológico: *“Aparte de los factores morales, de todos los adiestramientos requeridos para la guerra de guerrillas, el físico es el fundamental. Los dos marchan a la par. Una perfecta educación marxista no es, para comenzar, condición imperativa. Que un hombre viejo posea una militancia a toda prueba – una formación revolucionaria – no basta ¡ay! para afrontar la vida guerrillera, sobre todo el comienzo. La aptitud física es condición de ejercicio de todas las otras aptitudes posibles: trivialidad de aspecto poco teórico, pero la lucha armada parece tener razones que la teoría no conoce”* (106, 238).
- b) **necesidad de una organización nueva:** el aparato tradicional del partido, comisiones, secretariados, congresos, conferencias, ampliados, plenos, regionales, reuniones y asambleas en todos los niveles se revela, como método de dirección y ante la estrategia de lucha armada, como ineficaz, paralizadora y hasta suicida (106, 239). Los métodos que la estrategia reclama corresponden a la disciplina militar: métodos ejecutivos, centralizados y verticales, combinados con la gran independencia táctica de los organismos subalternos. Suspensión, pues, de la democracia interna y abolición temporal de las reglas del centralismo democrático.
- c) **necesidad de nuevos reflejos ideológicos:** en el curso de la lucha contra Batista el Ché señalaba a compañeros del Partido: *“Ustedes son capaces de crear cuadros que se dejen despedazar en la oscuridad de un calabozo sin decir una palabra, pero no de formar cuadros que tomen por asalto un nido de ametralladoras”*. Se trata, por tanto, no de sustituir una cobardía por una valentía . . . sino de sustituir un coraje por otra forma de coraje, un modelo de acción por otro modelo de acción. Y a la base de este nuevo modelo de acción está la lucha armada cuya radicalidad desplaza y hace desaparecer toda línea política basada sobre las contradicciones existentes en las clases enemigas o sobre los intereses divergentes en el seno de la burguesía, política que se ha expresado concretamente en alianzas y maniobras electoralistas . . . que terminan por convertir al Partido en un fin en sí mismo, más valioso que aquello para lo cual es medio: la revolución (106, 239).

Debray sintetiza su posición en una nota: *“Entendámonos bien: ya pasó el momento de creer que basta ser del Partido para ser revolucionario. Pero ha llegado el momento de poner punto final a los reflejos acrimoniosos, obsesivos y estériles de todos los que creen que basta ser “antipartido” para ser revolucionario”* (106, 240).

Sin embargo, el diagnóstico de Debray, avalado por la experiencia cubana, sigue siendo drás-

tico respecto de los PC tradicionales: *“En la mayoría de los países latinoamericanos sólo la lucha armada ha comenzado ya o va a comenzar a hacer salir a la revolución de su ghetto, de las haberdurías universitarias y de una casta de permanentes globe — trotters. Para decirlo en lenguaje de filósofo, una cierta problemática ha muerto desde la Revolución Cubana, es decir una cierta manera de plantear las cuestiones que ordena el sentido de todas las respuestas posibles. Y no son las respuestas las que hay que cambiar, sino las preguntas mismas: esas fracciones o partidos marxistas — leninistas se mueven en el interior de la misma problemática política dominada por la burguesía. En lugar de transformarla, han contribuido a implantarla mejor, se han atascado en falsas cuestiones y hoy son cómplices de la problemática oportunista: querellas de procedencia o de investidura entre organizaciones de izquierda, frentes electoralistas, maniobras sindicales, chantajes a sus propios miembros. Esta problemática es lo que se llama simplemente “politiquería”. Para escapar a ella hay que cambiar de terreno en todos los sentidos de la expresión”* (106, 255–256).

Es bajo esta perspectiva que deben leerse los textos de Debray: **la revolución tantas veces proclamada pero nunca emprendida estructuró partidos pseudomarxistas — leninistas.** Ni sus cuadros, ni sus líneas políticas resultaban útiles para forjar la fuerza social capaz de destruir el aparato de Estado burgués y construir el socialismo en América Latina. El partido de vanguardia será, pues, **construido en la acción revolucionaria.** Este es el sentido histórico concreto también de la expresión de Fidel Castro a la que Debray recurre con frecuencia: *“¿Quiénes harán la revolución en América Latina? ¿Quiénes? El pueblo, los revolucionarios con Partido o sin Partido”* (106, 234). De este modo encuentra su contexto también la tesis de Debray de que en ciertas condiciones, la instancia política no se separa de la instancia militar: ambas forman un todo orgánico. Esta organización es la del ejército popular cuyo núcleo es el ejército guerrillero. El partido de vanguardia puede existir bajo la forma propia del foco guerrillero. La guerrilla es el Partido en gestación (106, 242).

El cuestionamiento teórico—práctico que Debray hace de la ‘legitimidad revolucionaria’ controlada por los PC tradicionales latinoamericanos no se dio, como podría parecer, independientemente de la situación política e ideológica mundial (119) y más específicamente de la lucha al interior de las izquierdas latinoamericanas. La Revolución Cubana generó en el continente la aparición de un gran número de organizaciones revolucionarias que se plantearon el camino de la **lucha insurreccional** como la vía fundamental para la conquista del poder y la posterior construcción de una **sociedad socialista.** Su definición política los separaba tajantemente de los PC tradicionales. Ejemplos de estas organizaciones son el MIR venezolano, el MIR peruano, el ELN boliviano, el PRT y el ERP argentinos, el MNL uruguayo, el VPR brasileño, el MIR chileno, etc. Estas organizaciones, en general conocidas como **la izquierda revolucionaria latinoamericana,** debían (debieron) construirse como vanguardias revolucionarias en sus países a través de un doble proceso:

- a) **construyéndose como partidos marxistas—leninistas**
- b) **disputando la conducción del movimiento popular y específicamente de los frentes proletarios a partidos que ya conducían e ideologizaban a ese movimiento popular, algunos por un período que se extendía a más de treinta años.**

Es en este contexto de polémica práctico—teórico (política, orgánica, ideológica) que se inscriben los textos de Debray y, también, el grueso de la obra del Ché Guevara. Por ello mismo es que Debray ha calificado a *¿Revolución en la revolución?* como una obra **colectiva** (106, 114) en la medida que las ideas expuestas en ellas estaban en el aire político y militante desde hacía tiem-

po y eran discutidas a diario por los revolucionarios latinoamericanos. ¿Revolución en la revolución? ponía en el tapete la polémica línea reformista — línea revolucionaria que estaba a la orden del día — y para los revolucionarios lo sigue estando — en la década abierta por la Revolución Cubana. La obra de Debray, en este sentido, tenía una sola ambición: *“Contribuir a romper un bloque mental, a la vez teórico y práctico, que cerraba el desarrollo de la lucha revolucionaria armada, aclarando bien que sólo se trataba de los lugares en los cuales, en ese momento, se llevaba a efecto”* (106, 112–113).

En este recuadro la obra del intelectual francés adquiere una diferente dimensión y alcanza su más justo valor práctico — teórico. Sus textos lograron su cometido: desataron una polémica explícita. Por desgracia, lograron también una interpretación desviada que derivó en una concepción unilateral, militarista, del foco, interpretación expresamente rechazada por Debray: *“Lo que se suele llamar ‘teoría del foco’, reducida a su más simple y descarnada expresión, como detonador aislado en la naturaleza y organizándose a partir de sí mismo, independientemente de toda organización nacional y de todo trabajo político urbano, es, evidentemente, un enfoque del espíritu y no una línea revolucionaria coherente, susceptible de asumir la complejidad de las tareas de la dirección y organización política en una situación concreta”* (106, 119). Pero Debray también ha advertido que una cosa es atacar esta pretendida ‘teoría del foco’ y otra muy distinta fundar sobre este ataque una línea política diferente a la guerra del pueblo, de la cual la lucha guerrillera constituye el eje y que se presenta en América Latina como la única alternativa revolucionaria. Debray advierte claramente que una cosa son los errores de forma y de contenido parcial que puedan existir en sus escritos y otra el problema central y determinante que se planteó — pese a los intentos de los partidos ‘legítimamente revolucionarios’ para desvirtuarlo, morigerarlo o anularlo — desde el triunfo político — militar de la Revolución Cubana: la viabilidad (necesidad — posibilidad) de la lucha armada revolucionaria latinoamericana.

DEBRAY: LA LUCHA REVOLUCIONARIA

R. Debray ha señalado que sus escritos hacen constante referencia al proceso revolucionario cubano no para hacer de él un ‘modelo’ sino porque hasta ese momento este proceso, pese a su importancia continental, era el menos conocido (118, 115). Por ello es que sus notas tratan de precisar una táctica y una estrategia que en la década del 60 se proyectaron y estuvieron a prueba en toda América Latina . . . y se plantean como objetivo teórico mostrar cómo la táctica castrista de la insurrección y de la toma del poder eran capaces de hacer a la forma de las contradicciones propias de cada país latinoamericano y cómo el castrismo tenía su fundamento último en el marxismo leninismo.

Al último respecto Debray señala el carácter leninista de la táctica insurreccional castrista, con posterioridad al desembarco del Gramma (1957). En efecto, a la organización de ‘revolucionarios profesionales’ (Partido) leninista, la táctica castrista opone el foco, instrumento político—militar que no espera que se den todas las condiciones para la revolución sino que las crea con su actividad insurreccional (106, 51). Siguiendo la conceptualización revolucionaria leninista (teoría del eslabón más débil), el foco se instala como detonador en el lugar menos vigilado de la carga explosiva y en el momento más favorable a la explosión. Por ello mismo es que el foco podrá tener un papel activo solamente si encuentra su punto de inserción en las contradicciones en desarrollo (106, 61–62). El Ché ha escrito al respecto: *“Hay que considerar siempre que existe un mí-*

nimo de necesidades que hagan factible el establecimiento y consolidación del primer foco. Es decir, es necesario demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por las reivindicaciones sociales dentro del plano de la contienda cívica. Precisamente, la paz es rota por las fuerzas opresoras que se mantienen en el poder contra el derecho establecido. En estas condiciones, el descontento popular va tomando formas y proyecciones cada vez más afirmativas y un estado de resistencia que cristaliza en un momento dado la actividad de las autoridades. Donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica” (109, I, 23–24). “Es importante destacar que la lucha guerrillera es una lucha de masas, y es una lucha del pueblo: la guerrilla, como su núcleo armado, es la vanguardia combatiente del mismo, su gran fuerza radica en la masa de su población” (109, I, 25). Estos textos muestran claramente lo errado de las concepciones y críticas que atribuyen al foco guerrillero un carácter fundamental o exclusivamente militar. El carácter del foco es político—militar, es decir de vanguardia revolucionaria en la construcción de las condiciones políticas y militares posibles y necesarias para la edificación de la sociedad de trabajadores. Por su mismo carácter — definición—actividad — el foco sólo puede construirse en la práctica y por su inserción histórica en el recuadro político latinoamericano como alternativa revolucionaria real.

Contrariamente a lo que señala V. Bambirra en su interpretación crítica de la ‘teoría del foco’ (118, 29), la revolución no puede hacerse sin partido, ni en su período de realizaciones democrático—burguesas ni en su realización socialista. La expresión de Castro en ese sentido significa sólo que la revolución no necesita ser vanguardizada por el partido pseudo—revolucionario. Tanto la primera fase de la revolución cubana como su fase de definición socialista se encuentran enmarcadas dentro de un aparato partidario político — militar en acelerado proceso de adecuación orgánica e ideológica a las necesidades y presiones del cambio revolucionario. Si bien es correcto sostener que el primitivo Movimiento 26 de Julio representaba ideológicamente a la pequeña—burguesía radicalizada, no es menos objetivo reconocer la transformación cualitativa que experimenta ese mismo Movimiento — especialmente desde el momento en que la dirección central se establece en la Sierra (abril — 1958) — al recibir el impacto orgánico e ideológico estructurado por las condiciones de la lucha armada, el apoyo campesino, y la teoría revolucionaria marxista — leninista (Ché). **La gente de la Sierra no es la gente del Moncada.** El Ejército Rebelde va en camino de fundirse con los sectores más avanzados del proletariado cubano. Quienes se mantendrán relativa y permanentemente desfasados de este proceso serán precisamente algunos de los cuadros dirigentes de los partidos obreros pseudo—revolucionarios (105, 499–544).

Un segundo aspecto central conflictivo en la conceptualización debreyaniana es la tesis de que la lucha armada revolucionaria sólo es realizable en (a partir de) el campo (106, 88). Esta tesis está en directa relación con la formulación de E. Guevara en el sentido de que en la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo . . . pero que ello no impide que en las ciudades se desarrollen focos secundarios, núcleos de discusión teórica, de agitación política, o ejércitos de reserva: las universidades (106, 64).

Esta última tesis, no cabe duda, es una evidente extrapolación originada en el proceso cubano. En efecto, en las ciudades cubanas se concentraba gran parte de la fuerza de las organizaciones políticas que no aceptaban la estrategia de la lucha armada (con la excepción importante del mo-

vimiento estudiantil) mientras que en el campo la carencia de un profundo esfuerzo ideológico por parte de los tres grandes núcleos de la reacción: el imperialismo, la burguesía y la Iglesia, la falta de una lucha organizada por la tierra que conllevaba la inexistencia de concepciones políticas definidas, los enfrentamientos directos entre los campesinos y el ejército, en los que éste apoyaba invariablemente a los grandes terratenientes, generaban condiciones para la agitación revolucionaria del 26 de Julio y, posteriormente, para la ubicación del foco político — militar. La ubicación del foco cubano encontraba así una justificación estratégico — militar (incapacidad de la guerrilla urbana para transformarse políticamente en un ejército popular) pero sobre todo y fundamentalmente una justificación política e ideológica que alcanzó expresión teórica en la II Declaración de La Habana: *“En nuestros países se juntan las circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que con todo lo duras que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población rural vive aún en más horribles condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones, el sector absolutamente mayoritario en proporciones que a veces sobrepasa el setenta por ciento de las poblaciones latinoamericanas. Descartando los terratenientes que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o labran la tierra en condiciones de explotación que nada tienen que envidiar a la Edad Media. Estas circunstancias son las que determinan que en América Latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial”*

“Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de éstos, resultan absolutamente impotentes; pierden diez hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo invisible que no le ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en las ciudades” (105, 481 — 482). Desde luego, tanto Debray como la II Declaración de La Habana hacen referencia explícita a las restantes fuerzas revolucionarias y al carácter de su alianza con el campesinado, como asimismo a las formas decisivas a través de las cuales esta alianza acomete la conquista del poder: *“Un foco no excluye por definición las luchas pacíficas de masas realizadas por los sindicatos, en el parlamento, en la prensa”* (106, 73), indica Debray, mientras que el documento cubano precisa que *“La lucha inicial de reducidos núcleos de combatientes se nutre incesantemente de nuevas fuerzas, el movimiento de masas comienza a desatarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en mil pedazos y es entonces el momento en que la clase obrera y las masas urbanas deciden la batalla”* (subrayado nuestro). *“Pero el campesinado es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios, sin la cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria”* (subrayado nuestro). *“La actual correlación mundial de fuerzas y el movimiento universal de liberación de los pueblos coloniales y dependientes señalan a la clase obrera y a los intelectuales revolucionarios de América Latina su verdadero papel, que es el de situarse resueltamente a la vanguardia de la lucha contra el imperialismo y el feudalismo”* (subrayado nuestro) (105, 482). Por lo demás el énfasis en la situación de la lucha en el campo arranca de otra premisa que resulta central para toda revolución latinoamericana y que dice que sin una profunda e integral Reforma Agraria no existe revolución. Y esta tarea económico—política e ideológica exige la constitución de la alianza obrero — campesina no siempre lograda desde el punto de vista economicista de las aristocracias obre-

ras (posición, salario) (113, 28 – 30) y de los partidos que concentran su peso político en esa clientela generando así una fuerza social fundamental y determinadamente reformista. Es en este sentido que el foco rural juega su doble papel: de polo (acumulador, aglutinador, unificador) y de promotor (agitador, difuminador) de la lucha revolucionaria . . . en el también imprescindible doble proceso de construirse a sí mismo como partido y de ganar al reformismo la dirección del movimiento obrero.

DEBRAY: LAS ETAPAS DE LA REVOLUCION

En su prólogo crítico al estudio realizado por V. Bambirra acerca de la Revolución Cubana, R. Mauro Marini define este último proceso como *“una revolución popular, por la alianza de clases que la impulsó, constituida por la pequeña burguesía urbana, el campesinado, la clase obrera y las capas más pobres de la ciudad, cuya etapa democrática se prolongó más allá de la llegada de la vanguardia revolucionaria al poder del Estado; la razón de esta peculiaridad reside en el hecho de que la vanguardia tuvo acceso al poder estatal (cuyas bases materiales habían sido suprimidas) antes que se complementara la organización del poder obrero y campesino y la incorporación de las grandes masas al proceso. El paso de la revolución popular a la revolución obrera y campesina, en Cuba, correspondió a la destrucción del aparato estatal burgués, del cual la dictadura de Batista no había sido sino una expresión, y a las transformaciones operadas en sentido socialista al nivel de la estructura económica; ambos procesos se realizaron con base en el poder armado de los obreros y campesinos, manifestado en el Ejército y en las milicias populares. Es esta particularidad la que explica el hecho de que, cuando la Revolución afecte también el plano de la ideología y se proclame socialista, ya la construcción del socialismo se hubiera iniciado, al revés de lo que pasó en Rusia”* (103, 15).

Aunque la definición del carácter de la Revolución Cubana por parte de Marini tiene como objetivo inmediato romper todo posible equívoco sobre el carácter no – etapista (en el sentido de conciliación de clases) del proceso revolucionario cubano y de afirmar, por tanto, la existencia de una fase democrática cuyo temple es la *“aguda lucha de clases, mediante la cual la clase obrera incorpora a las amplias masas a la lucha por la destrucción del viejo Estado y entra a constituir sus propios órganos de poder que se contraponen al poder burgués”* (103, 12) . . . – fase que para el caso de Cuba se expresa en una determinada correlación de fuerzas en la cual el poder burgués subsistía todavía, la clase obrera aún no deslindaba su propio poder de modo de enfrentar definitivamente a la burguesía, y se mantenía el proceso de constitución de la alianza revolucionaria de clases al incorporarse a ella a las capas atrasadas del pueblo . . . determinándose en este proceso el progresivo desplazamiento de las tendencias ideológicas revolucionarias nacionalistas pequeño – burguesas en beneficio de la ideología socialista – proletaria (103, 12) – resulta conveniente precisar algunas cuestiones conceptuales y terminológicas de su (derivados) definición:

- 1) el mismo Marini señala que la expresión “etapa democrático – burguesa” en el proceso revolucionario apunta, dentro de las condiciones de desarrollo de la alianza revolucionaria de clases y el proceso de formación del nuevo poder, hacia tareas que no pueden ser propuestas ni cumplidas bajo el marco de la dominación ‘democrático’ burguesa, sino sólo bajo la forma de la **democracia proletaria**, es decir de aquella que asegura la dictadura de la mayoría sobre la minoría (103, 14 – 15)

- 2) la definición de Marini tiende a excluir mutuamente, tal vez influenciado por la crítica a la **pseudo teoría del foco**, los niveles político — militar de los niveles económico — militar y social — militar, es decir a cargar el acento en los cambios infraestructurales y/o políticos como previos al cambio ideológico,
- 3) que el anterior proceso sólo es posible si se niega el **carácter de partido** (y de embrión de órgano de poder) a la guerrilla y al Ejército Rebelde o si se entiende el cambio revolucionario como el paso en bloque de un estado a otro estado (concepción metafísica, abstracta);
- 4) el concepto de 'ideología' es representado en la definición como un cuerpo 'declarado' (explícito) de representaciones y valores, es decir como un **sistema** lo que tiende a desfigurar (desplazar) su carácter de proceso dialéctico concreto
- 5) conviene recordar que la clase obrera cubana, especialmente la urbana, no fue incorporada táctica y estratégicamente en forma correcta al movimiento revolucionario sino después del fracaso de las 'huelgas generales' de agosto de 1957 y de abril de 1958, y específicamente porque el mando político queda, después del segundo fracaso, centralizado en la Sierra
- 6) que el principal partido de la clase obrera cubana era el Partido Socialista Popular (PC) que, desde 1953 hasta 1958 definió su línea como la lucha por un gobierno **nacional y democrático** que reuniera a todos los sectores progresistas del país.

La anterior especificación en su conjunto resulta indispensable si se desea entender el contexto argumental en el cual Debray caracteriza a la revolución cubana como un **proceso único**:

“Una de las mayores polémicas que dividen a las organizaciones revolucionarias es la que plantea el problema de la naturaleza de la revolución. En una palabra a la tesis de influencia trotskista de la revolución socialista inmediata . . . se opone la tesis, tradicional en ciertos partidos comunistas, de la revolución agraria anti-feudal, llevada a cabo con la ayuda pero en realidad bajo la dirección de la burguesía nacional. Por encima de las dos tesis muchos piensan que la revolución es un proceso indefinido, “sin etapas” separables, que aunque no parte de una reivindicación socialista, conduce inevitablemente a ella cuando la vanguardia del proceso revolucionario representa sinceramente a las clases explotadas. Tal parece ser la enseñanza de la Revolución Cubana” (106, 98).

La **tesis de las etapas** ha sido admirablemente reseñada por la Comisión Política del Partido Comunista brasileño, precisamente en junio de 1959:

“Hemos visto que como resultado del desarrollo económico del país, la contradicción que se acentuaba cada vez más, era la que oponía la nación al imperialismo norteamericano y sus agentes internos. Esta contradicción ha pasado a ser la principal y dominante, y determinaba el proceso de transformación en la disposición de las fuerzas sociales. Aparecían unas condiciones cada vez más favorables para unificar amplias fuerzas contra el imperialismo norteamericano, el enemigo principal de la nación; objetivamente, se acumulaban factores, que conducían a la formación de un frente único contra el imperialismo norteamericano y sus agentes internos, frente que puede reunir al proletariado, los campesinos, la pequeña burguesía urbana, la burguesía, los latifundistas que tienen contradicciones con el imperialismo norteamericano, y los capitalistas vinculados a grupos im-

perialistas rivales de los monopolios norteamericanos. No hemos sido capaces de distinguir en la experiencia histórica universal de la gran revolución socialista de Octubre, los rasgos esenciales y válidos para todos los países y los aspectos particulares y singulares cuya repetición no es obligatoria fuera de Rusia. A esto se debe que juzgáramos el camino de la lucha armada como el único admisible para la revolución, sin advertir que en las nuevas condiciones del país y del mundo había aparecido la posibilidad real de otro camino, el del desarrollo pacífico” (121, 150).

Lo que opone teóricamente a ambas concepciones es, en último término, la cuestión de si puede existir en América Latina un **capitalismo nacional independiente**, o si toda revolución, para ser verdadera, debe ser **socialista — proletaria**, cuestión por lo demás que si no existiera el ejemplo histórico de la Revolución Cubana ya habría sido resuelto políticamente por los fundadores del pensamiento marxista en el continente: *“La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla, rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana será, nada más y nada menos, que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, todos los objetivos que queráis: ‘antiimperialista’, ‘agrarista’, ‘nacionalista—revolucionaria’. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos. A Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América, Latina o Ibera, socialista. La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y en todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos ya están definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias” (112, 119—120).* Las ideas de J. C. Mariátegui, expuestas a sus compañeros en 1929 y encuadradas dentro del análisis marxista — leninista clásico, suenan extrañamente vigentes, incluso después del desarrollo de un aspecto regional de la teoría del imperialismo y para América Latina, en la década del 60: **la teoría de la dependencia**.

Sin embargo, el punto más importante de la argumentación de Debray en torno al problema y caracterización de la revolución sin etapas separables estriba en el hecho de que la revolución no depende de su programa inicial sino de su capacidad para resolver el problema del poder del Estado desde una perspectiva de clase antes de la etapa democrático — burguesa. Y este problema liga el carácter ininterrumpido de la revolución, y por tanto su definición socialista, indisolublemente con la estrategia de lucha armada, única capaz de destruir el aparato militar de la burguesía dependiente (imperialismo), columna vertebral de la estructura de dominación. Esa es en verdad la tesis polémica que establece Debray en sus estudios sobre América Latina. El problema político de la conquista del poder (antagonismo, alianza, neutralización de clases), pasa por la destrucción del aparato militar ‘nacional’ y por la construcción, por tanto, de un ejército del pueblo, instrumento político militar que, en la mayoría de nuestros países, tendrá su origen en el campo (106, 99). A la organización del aparato continental de represión militar estructurado por el imperialismo se opone, por tanto, la continentalidad de la lucha armada. No puede extrañar que el mismo año de aparición de *¿Revolución en la revolución?* el Che exhorte a los revolucionarios latinoamericanos y del mundo a crear muchos Vietnam (109, I, 197 — 215) ni tampoco extrañará que haya quienes intenten rechazar la conceptualización revolucionaria derivada del proceso cubano fundándose en el fracaso militar—político del mismo Guevara.

En **síntesis**, la obra de Debray se inserta en un contexto fundamentalmente polémico en donde el proceso revolucionario cubano pretende ganar fuerza no sólo como la **única revolución verdadera** en América Latina, sino que como **línea política**. Esta línea política puede expresarse diciendo que 1) la revolución es necesaria y posible: *"El deber de todo revolucionario es hacer la revolución"* (105, 483); 2) el proceso revolucionario, es decir la conquista del poder, hace inevitable la **lucha armada**; 3) una revolución verdadera es necesariamente **socialista**. Esta línea política encuentra antagonismos — lógico—históricos — no sólo en los sectores dominantes sino que en los partidos de la izquierda tradicional que han rechazado sistemáticamente la vía de la lucha armada y que defienden, consecuentemente, el carácter **etapista** (debe fortalecerse a la burguesía nacional, o a su sector más dinámico) del proceso. En esta polémica los sectores revolucionarios tienen una desventaja histórica: deben disputar la dirección del movimiento obrero al reformismo (lucha política e ideológica) al mismo tiempo que acometen su propia construcción como vanguardia revolucionaria; este doble frente: por la destrucción del aparato de poder dominante y por la conducción popular y obrera, implica y exige la **lucha armada** dentro de la cual debe estructurarse tanto el partido revolucionario como la **alianza de clases revolucionarias**. Dado el carácter de las contradicciones y cierta configuración táctica, en la mayor parte de los países latinoamericanos, la **lucha armada** será una **lucha campesina**. El carácter antiimperialista, es decir anticapitalista de la revolución la hace, especialmente después del proceso cubano, necesariamente **continental**. Es en este contexto polémico y en un período en que el PC cubano revolucionario intenta consolidar su propia línea al interior del mundo socialista y al interior de Cuba (119, 102—121) y (120) que Debray expone sus tesis y profundiza en sus errores y en sus aciertos. Dentro de los primeros, no cabe duda, una de los fundamentales es que la vertiente negativa de su propia posición polémica le lleva a ignorar y despreciar la experiencia teórica de la **lucha revolucionaria**, la **acumulación revolucionaria**: *"Podría pensarse que es una suerte que Fidel no haya leído los escritos militares de Mao—Tse—Tung, antes de desembarcar en las costas de Oriente: ha podido inventar así, sobre el terreno, a partir de su propia experiencia, las reglas de una doctrina militar conforme al terreno"* (106, 166). De este criterio anticientífico y subjetivista de Debray — que por negar la línea reformista niega todo el **pasado histórico revolucionario** — pueden surgir las críticas que señalan su **practicismo**. El practicismo, a su vez, no es sino una expresión de la incapacidad de reunir dialécticamente la teoría y la práctica, el pensamiento y la existencia real, una incapacidad de establecer la relación estrecha que existe entre ciencia y militancia, incapacidad que es dable encontrar en gran parte de la obra de Debray: *"La práctica misma de la lucha, que nunca se puede determinar de antemano sino a medida que se la vive, se encargará de reordenar las alianzas políticas y sociales, disolviendo algunas, creando nuevas, y por tanto nada de discusiones teóricas interminables sobre las modalidades de la futura reforma agraria, que no sirven más que para dividir y para retardar el advenimiento de las condiciones de aplicación de una reforma agraria, etc."* (106, 100). *"Los mejores maestros de marxismo — leninismo son los enemigos enfrentados. Estudios y aprendizaje son necesarios, no decisivos. No hay cuadros de academia"* (106, 247). Desde esta concepción unilateral y subjetiva — derivada en parte de una pasión polémica histórica necesaria — se desprende también un consecuente y algo ingenuo **naturalismo** ideológico: *"La certeza de que en las condiciones especiales de América Latina, el dinamismo de las luchas nacionales las hace desembocar en una adhesión consciente al marxismo"* (106, 103). *"En la montaña, pues, se encuentran por primera vez campesinos, obreros e intelectuales. La integración no es muy fácil al principio. En el seno de un campamento pueden dividirse en grupos como en otro tiempo en clases. Los campesinos, sobre todo si son de origen indio, se aíslan y hablan su lengua entre sí, quechua o cakchiquel. Los otros, que saben escribir y hablar bien, ponen espontáneamente tienda aparte. Desconfianza, timidez, costumbres que deben vencerse poco a poco, mediante un trabajo político in-*

cansable del cual los jefes dan el ejemplo. Esos hombres tienen, todos, algo que aprender unos de otros, comenzando por sus diferencias. Como deben adaptarse a las mismas condiciones de vida y participan en una misma empresa, se adaptan uno a otros. Lentamente la vida común, los combates, las fatigas soportadas juntos forjan una alianza que tiene la fuerza simple de la amistad . . . En esas condiciones el egoísmo de clase no dura mucho. La psicología pequeño — burguesa se derrite como la nieve al sol, minando las bases de la ideología del mismo nombre . . . Así, la guerra civil revolucionaria hace a los revolucionarios todavía más que éstos a aquélla” (106, 246—247). Sin embargo, los errores que se derivan de sus criterios desplazados o distorsionados o de sus falsas apreciaciones de detalle sobre los procesos concretos con los cuales ejemplifica no alcanzan a malograr lo fundamental de sus estudios: la apertura de un frente polémico determinante frente al reformismo teórico y práctico que, desde la década del 20 monopolizaba la ‘legitimidad revolucionaria’ nacional y continental. En su vertiente polémica positiva, la obra de Debray, con sus limitaciones coyunturales, venía a entregar a la nueva izquierda o la izquierda revolucionaria militante un punto de partida histórico, teórico y orgánico desde el cual podría construirse como vanguardia revolucionaria en un continente necesitado — posibilitado de revolución.

IV

LA ULTRAORTODOXIA: EL LENINISMO DE ‘LA HISTORIA ME ABSOLVERA’

Lo que hemos llamado la tesis ultraortodoxa, es planteada por M. Aguirre, D. García Ronda e I. Monal en el número de diciembre de 1975 de la revista *Casa de las Américas* (101). Ya en sus primeros párrafos las autoras anuncian su objetivo: *“Al preparar y llevar a cabo el ataque al Cuartel Moncada, al pronunciar el magno discurso objeto de estas páginas, al crear el Movimiento 26 de Julio, al culminar la gesta de la Sierra, al sortear la etapa que condujo a proclamar a Cuba primera república socialista de América, al poner primero en tensión revolucionaria a todo un pueblo y lograr, paso a paso, que la conciencia de éste madurase hasta el punto de poder hacer del marxismo— leninismo la base de su reestructuración económico — social, Fidel Castro no copió nunca a Lenin, como no copió a Martí. Pero, en el mismo sentido en que él pudo afirmar que Martí era el autor intelectual del asalto al Moncada puede decirse también — y probarse — que su liderazgo de la Revolución Cubana ha poseído, en todo instante, un progresivo subsuelo leninista”* (101, 64). Se trata, por tanto, de probar que Fidel Castro poseía, en cuanto líder de la Revolución Cubana, desde el primer momento, una orientación (subsuelo) leninista. Digamos, desde ya, que la problemática es, como lo hemos señalado en el análisis de la obra de Draper, típicamente burguesa o pequeño — burguesa. El problema de la revolución socialista de la cual F. Castro es líder no es centralmente un problema de definición personal socialista (¿entonces por qué no J. Martí también leninista?) sino un problema objetivo de estructura social, de situación social y de inserción adecuada del líder en el sentido de la historia (lucha de clases) de la cual recibe y a la cual entrega — construye direcciones y posibilidades. El estudio que nos ocupa, entonces, entrega un enfoque no — marxista del problema.

Si intentamos precisar, advertimos de inmediato que el concepto — vocablo ‘leninismo’ es ambiguo (‘oblicuo’ en sentido ideológico); si con él se desea designar cualquier forma de impugnación revolucionaria entonces resulta evidente que se podría hablar de un F. Castro leninista desde 1952 — 1953, período en el que organiza el movimiento estudiantil para luchar contra la dictadura. Pero si ‘leninista’ quiere decir *“determinado por los intereses de la lucha revolu-*

ria del proletariado" entonces resulta imposible encontrar en todas las fases del desarrollo personal ideológico de F. Castro ese 'subsuelo' leninista, como no sea mezclando las dos acepciones. Más aún, no es posible encontrar un mejor contrajemplo para la tesis que defienden las autoras que el documento histórico **La historia me absolverá**.

No es necesario hacer aquí el análisis de ese documento.¹² La proposición contraria al punto de vista de Aguirre y sus compañeras ha sido expuesta por el mismo F. Castro en su denuncia acerca de las prácticas sectarias: "Los individuos que salían por ahí 'saramponados', que apenas leyeron un librito de marxismo, o que lo habían leído antes y no lo habían entendido, se ponían a comentar que 'La historia me absolverá' es un documento reaccionario. ¡Cómo sabe de filosofía y de revolución ese señor! En primer lugar nosotros no aspiramos a que 'La historia me absolverá' sea una obra clásica del marxismo. ¡No, señor! Muy modestamente 'La historia me absolverá' es la expresión de un pensamiento avanzado, de un pensamiento revolucionario en evolución. No es todavía el pensamiento de un marxista, pero es el pensamiento de un joven que se encamina hacia el marxismo y empieza a actuar como marxista. (. . .) Pero más que el valor teórico desde el punto de vista económico y político, su valor permanente es la denuncia viva de todos los horrores y todos los crímenes de la tiranía, poner al desnudo aquél régimen, tan atrocemente cruel y cobarde, tiránico y asesino, y, sobre todo, el poco mérito que pueda tener 'La historia me absolverá' es sencillamente haber pronunciado aquella denuncia entre un centenar de bayonetas, de soldados cuyas manos se habían humedecido con la sangre de ochenta compañeros nuestros. Fue dicho allí. Hoy cualquiera puede pararse en una tribuna y decir un gran discurso. Tranquilo, sin problemas, sin policía, sin tiros, sin porrazos. Pero decirlo en aquellas circunstancias era distinto. Cuando no había garantías para la vida de nadie denunciar aquellas cosas era un poco más difícil que posar de revolucionario ahora." *La historia me absolverá* no tiene por qué leerse en las escuelas de instrucción revolucionaria. No es una obra clásica del marxismo. Es la expresión de un pensamiento en desarrollo, de una serie de ideas que han formado parte, gran parte del quehacer revolucionario y una denuncia viva cuando esa denuncia había que hacerla a riesgo de la vida" (105, 523).

F. Castro ha puesto el asunto claro. **La historia me absolverá**, es, sin duda, un documento revolucionario avalado por la decisión concreta de la práctica de la lucha armada y que, pronunciado en circunstancias dramáticas, dice claramente de las convicciones y del valor del orador . . . pero al mismo tiempo esos conceptos revolucionarios y ese valor revolucionario tienen una caracterización de clase, se concretan en términos orgánicos de clase . . . y en el caso de **La historia me absolverá** los criterios de clase que objetivamente la fundan, incluso a la lectura superficial, son los de la pequeña-burguesía urbana radicalizada, es decir criterios fundamentalmente nacionalistas y democráticos teñidos fuertemente de moralismo. Un solo ejemplo: "Los problemas de la república sólo tienen solución si nos dedicamos a luchar por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla" (105, 42). La anterior proposición de **La historia me absolverá** es por cierto, en general, correcta, pero precisamente por serlo en general, es vacía, concretamente abstracta. Mientras **energía, honradez y patriotismo** no encuentren una caracterización de clase o, lo que es lo mismo, su inserción en un **proyecto histórico real**, permanecen como lo que son: valores abstractos, es decir humanamente irrealizables y con una función puramente ideológica en el sentido de ocultar las condiciones reales de existencia social.

Sin embargo, no nos interesa detenernos aquí en la significación ideológica de **La historia me absolverá**. Resultan, en cambio, de primera importancia, dos tareas:

- **Mostrar cómo es posible fundar el carácter leninista de *La historia me absolverá***
- **Mostrar qué tendencias y formas de pensamiento se encuentran tras el intento de fundar (preocupación) el carácter leninista de *La historia me absolverá*.**

▲ – *Los mecanismos de la ultraortodoxia*

Los mecanismos de la ultraortodoxia, es decir del **sectarismo de derecha**, para probar lo que **no se puede probar**, aun cuando son variados, son típicos. Detallemos algunos de los que se usan en **este trabajo**:

- 1) para fundar y “probar” un discurso pronunciado en 1952 se recurre a otro discurso pronunciado por el mismo orador . . . pero en 1972, de modo que se avalan los **hechos del primero** a través de la interpretación que ellos sufren 20 años después. El segundo discurso es el pronunciado por F. Castro con motivo del Doctorado Honoris Causa en Ciencias Jurídicas que le entregó la Universidad Carolina de Praga (104). El discurso, muy breve y fundamentalmente circunstancial, se refiere sólo en los primeros párrafos y muy escuetamente a los sucesos y al programa del Moncada. Además de la precariedad histórica de la fuente se recurre a dos artificios discutibles.
 - a) **la apelación a la autoridad**; se trata de F. Castro hablando sobre el proceso cubano
 - b) **se piensa que el sujeto — actor es quien tiene la más alta consciencia de sus actuaciones históricas.**

Digamos, sólo de paso, que esta última suposición, después de los trabajos de Marx y Freud, no es defendible sin recurrir a los servicios de la ideología burguesa (racionalidad; individuo—Sujeto) o al materialismo histórico y este último no es de ningún modo el método empleado en su trabajo por las autoras.

- 2) se entresacan y extrapolan numerosas citas leninistas, es decir se **realizan comparaciones abstractas** entre, por ejemplo, la etapa democrática de las revoluciones rusa y cubana (101,75), la definición de las fuerzas revolucionarias (101, 75), el partido (101, 71), la violencia (101, 67), etc. Desde luego, se trata también de aprovechar la **autoridad** de Lenin respecto de cuestiones revolucionarias, método especialmente estéril para probar cualquier asunto científico y que por ello fue usado con profusión por los ‘sabios’ de la Edad Media. Un ejemplo directo: de la expresión, **curiosamente abstracta** de Lenin: “*Las tareas políticas concretas hay que plantearlas en una situación concreta*” (101, 66) . . . se sigue, según las autoras, que “*Así, para aquellas circunstancias que vivía Cuba, se plantea Fidel el ataque al Cuartel Moncada y la organización clandestina que ha de llevarlo a cabo*” (101, 66). De donde también podría seguirse que las técnicas propagandísticas o de cohecho de cualquier candidato ultrarreaccionario a la Presidencia de cualquier país (o los mecanismos mediante los cuales un hechicero envenena a sus rivales en alguna tribu remota) son ortodoxamente leninistas, puesto que son tareas políticas concretas que se plantean en una situación concreta. Volvemos a lo mismo. El ataque al Cuartel Moncada y la organización clandestina que lo acompañó fueron actos concretos y heroicos pero no obedecían ni a una estrategia ni a una táctica marxista — leninista, es decir socialista—proletaria, es decir **efectivamente revolucionaria**. De hecho fue un acto desligado de las masas, voluntarista y espontaneísta.

- 3) **absoluto desprecio por la verdad histórica** – el caso anteriormente citado es un buen ejemplo – velado por el uso del lenguaje emotivo y directivo mezclado con la aparente ligazón lógica de los párrafos; esto último se logra mediante la intercalación frecuente de partículas del lenguaje tales como “*De ahí*”, “*Por eso*”, “*Es sabido*”, “*En síntesis*”, “*Es natural*”, “*En suma*”, etc., especialmente en la vinculación de párrafos (clima de implicación).
- 4) un constante proceso de **inversión ideológica** que **anula la historia** al poner el presente en el pasado y el pasado en el presente. El argumento sigue la siguiente forma: Si Fidel es hoy leninista **debe haberlo sido siempre**, es decir su leninismo de hoy iluminará todo su pasado. Ejemplos de este mecanismo los tenemos en el primer párrafo citado en este comentario (Fidel en el Moncada, Fidel en la Sierra, Fidel en 1976 . . . es el mismo, único, casi reedición del ser parmenídico; otro: “*La estrategia fidelista contaba, pues, con las masas populares. Pero, además, – y esto es uno de los aportes fundamentales de la Revolución Cubana, desarrollado plenamente a partir de diciembre de 1956, pero cuya simiente estaba ya en el Moncada – existía todo un plan, basado en las condiciones peculiares del país, para la elevación de la conciencia política de las masas . . .*” (101, 81).

La apoteosis de este proceso de inversión ideológica lo encontramos al final del trabajo: “*Cuando toda Latinoamérica haya roto sus cadenas – y no antes – habrá tenido su epílogo el 26 de julio de 1953*” (101, 85). Es decir, **el asalto al Cuartel Moncada es toda la historia de la Revolución Latinoamericana** de una vez y para siempre (si agregamos que el Moncada es Lenin, entonces se sigue que la Revolución Latinoamericana es Lenin . . . pero sólo en cuanto éste no es un dogma sino que un **gufa para la acción** (101, 64), según indican las mismas autoras, o, lo que es lo mismo, será Lenin sólo en cuanto **perspectiva de clase** (clases) revolucionaria . . . pero esto nada tiene que ver con el leninismo usado por Aguirre y sus compañeras), fantástica manera de liquidar la dialéctica, el cambio cualitativo, ignorar las condiciones concretas y de hacerse partidario de una **concepción teológica** de la historia o de pronunciarse porque la historia no exista. Desde luego, puede uno también decidirse por una fusión de ambas concepciones.

B. – Algunos criterios tras la ultraortodoxia: la administración

Tal vez más interesante que los mecanismos de que se vale el **sectarismo de derecha** para negar la historia y reducirla a los **textos y figuras sagrados**, resulta mostrar los criterios o supuestos que están detrás de esta concepción y/o actitud.

En primer lugar conviene recordar brevemente las condiciones marxistas de la actuación revolucionaria, forma específica, económica, política e ideológica, de la **praxis**:

- 1) la teoría es una función de la realidad (praxis)
- 2) la teoría conduce a una forma de acción (praxis)
- 3) la praxis (actividad social práctico – crítica) transforma la realidad (revolución)
- 4) la revolución (praxis) genera nueva teoría, etc . . .

Este esquema debe aplicarse a y desde una **formación social**, es decir en una totalidad dialéctica concreta en la cual se pueden distinguir niveles, el económico – social, el político – jurídico

co, el ideológico. La capacidad de 'comprender' y de 'actuar' en esos niveles (en la formación social) resulta tanto de la posición de clase (reaccionaria — revolucionaria) como de la **práctica científica posible** en una determinada situación (posición) social (clase).

Esta práctica científica (forma de la **teoría**) racionaliza con vistas a la **transformación social radical** o, lo que es lo mismo, decide los momentos y las formas de actuación revolucionarias (dentro del juego irracionalidad — racionalidad). Esta tensión racionalidad — irracionalidad en el análisis y en la práctica histórica **es lo que estructura en verdad la concepción dialéctica de la revolución**. Desde esta tensión surge la importancia de lo creativo, de lo nuevo, de la asunción concreta de las circunstancias concretas y de la **acción revolucionaria misma** (la acción está preñada de teoría posible). En escrito de mayo de 1901, Lenin señala: *"Durante todo el tiempo, sólo hemos hablado de la preparación sistemática y metódica, pero con esto no hemos querido decir, en modo alguno, que la autocracia puede caer exclusivamente gracias a un asedio o a un asalto bien organizado. Semejante punto de vista sería de un doctrinarismo insensato. Al contrario, es plenamente posible, e históricamente mucho más probable, que la autocracia caiga bajo la presión de una de esas explosiones espontáneas o complicaciones políticas imprevistas que permanentemente amenazan desde todas partes. Pero ningún partido político puede, sin caer en el aventurerismo, basar su actividad en la posibilidad de tales explosiones y complicaciones. Nosotros tenemos que marchar por nuestro camino, llevar a cabo inflexiblemente nuestro trabajo sistemático y cuanto menos contemos con lo inesperado, tanto más probable será no nos tome desprevenidos ningún 'viraje histórico' "* (126, 26). La comprensión dialéctica no consiste sino en que uno de los elementos de una totalidad orgánica en transformación permanente es capaz de fijar su propia posición dentro del sistema y de promover formas específicas de transformación, es decir empujar a favor o en contra de la historia cambiándose a sí mismo y a la totalidad durante ese proceso. La comprensión dialéctica no es sino entonces la autocomprensión en un proceso de transformación del cual **se es sujeto (social) y objeto (social)** y en el cual, por el juego (tensión) dialéctica de teoría y práctica y por tratarse de la dialéctica de una formación social (concreta), resulta siempre imposible predecir todas las posiciones futuras: **las clases van creando sus formas de existencia, su propia racionalidad histórica** (formación social, clase).

El énfasis en esta concepción dialéctica señala, no cabe duda, hacia grupos sociales que no han **construido** las formas específicas de dominación en una formación social determinada. De aquí su doble interés por lo concreto y por la transformación, su reconocimiento de y su afán por asumir incluso lo imprevisible. Pero cuando los grupos sociales **acceden a formas de dominación**, es decir de **poder social**, suelen cambiar sus concepciones dialécticas por otras que permitan **generalizar y extender su específica experiencia histórica**, primero, como si fuera válida para todos los grupos sociales, segundo, como si fuera válida para todas y cada una de las circunstancias históricas. El discurso se transforma entonces en Dogma, la acción en Receta, el Líder en Sujeto, el cambio posible . . . en regreso a los orígenes, es decir a las **leyes (o Sujetos) inmutables que rigen todo cambio histórico**. Se trata de una ideología de la historia en la que lo abstracto (lo ideológico — formal) se torna hiperconcreto y lo concreto se abstrae (se desmediatiza, se desrealiza) haciendo posible **escribir cualquier historia** sobre los mismos códigos sagrados, los **códices exitosos**. El sectarismo de derecha muestra así sus facetas oportunistas y teológicas o, lo que es igual, su incapacidad de auto-asunción social y por tanto su incapacidad para ser praxis.

En otro plano, el permanente encuentro de y regreso a los orígenes, la reiteración de las ac-

ciones revolucionarias sacralizadas (es decir abstraídas) muestra también la vinculación del sectarismo de derecha (del **dogmatismo** en la construcción revolucionaria) con el **burocratismo**, con la tendencia a una interpretación **administrativa** de la historia, interpretación, no está de más decirlo, **profundamente reaccionaria**. De hecho, en el desarrollo de las formaciones sociales socialistas los conceptos de 'dogmatismo', 'burocracia', 'administración' . . . , poseen un negro pasado reciente. Lo burocrático quiere decir que se acepta como ya comprobado que el orden específico prescrito por la ley concreta equivale al orden general . . . al orden establecido de una vez y para siempre. Lo burocrático, en verdad, es la mediación hecha fin, de una vez y para siempre, la ordenanza reemplazando a la existencia, el sello a la vida. No cabe duda que esta forma de pensamiento social – existencial y político – sobre todo **político** – no sostuvo las concepciones de quienes desarrollaron el exitoso proceso armado revolucionario cubano ni de quienes han tenido a su cargo la construcción en Cuba de una formación social socialista: *“Cada pueblo, cada país, tiene su forma de hacer su revolución. Cada pueblo, cada país tiene su forma de interpretar las ideas revolucionarias. Nosotros no pretendemos ser los más perfectos revolucionarios, nosotros no pretendemos ser los más perfectos intérpretes de las ideas marxistas-leninistas. Pero lo que sí nosotros tenemos es nuestra forma de interpretar esas ideas, tenemos nuestra forma de interpretar el socialismo, nuestra forma de interpretar el marxismo – leninismo, nuestra forma de interpretar el comunismo”* (120, 127). *“ . . . Y estos años a todos nos ha enseñado a meditar mejor, a analizar mejor. Ya no aceptamos ningún tipo de verdad evidente. Las verdades evidentes pertenecen a la filosofía burguesa. Toda una vieja serie de clisés deberán ser abolidos. La propia literatura marxista, la propia literatura política revolucionaria debiera remozarse, porque a fuerza de repetir clisés, frasecitas que se vienen repitiendo desde hace treinta y cinco años, no se conquista a nadie, no se gana a nadie”*.

“Hay veces que los documentos políticos llamados marxistas dan la impresión de que se va a un archivo y se pide un modelo: modelo 14, modelo 15, modelo 12, todos iguales, con la misma palabrería, que, lógicamente, es un lenguaje incapaz de expresar situaciones reales. Y muchas veces los documentos están divorciados de la vida. Y a mucha gente le dicen que esto es el Marxismo . . . ¿Y en qué se diferencia de un catecismo, y en qué se diferencia de una letanía y de un rosario? Y todo el que se siente en pose de marxista se siente casi en la obligación de ir a buscar el modelo de manifiesto tal más cual. Y usted lee veinticinco manifiestos de veinticinco organizaciones diferentes y son iguales, tomados de modelos, no convencen a nadie” (120, 156).

En realidad, como lo ha señalado el mismo F. Castro, la **sacralización** de un proceso o de un nombre, el **culto a la personalidad** o al hecho, no ocultan tras de sí sino formas larvadas o explícitas de **burocratismo**, es decir de lo que no podrá ser nunca revolucionario: lo **administrativo**.

En síntesis, tras el esfuerzo de El leninismo en '**La historia me absolverá**', existe una concepción fetichista, sacralizadora de la historia, cuyas vertientes de izquierda y de derecha conducen, a través del culto a la personalidad o a la organización (Fidel, Lenin, el Partido) a formas burocráticas de dominación y de organización. La posición puede explicarse como el necesario doble proceso de afianzarse **hacia adentro** (estima por la propia historia, oportunismo, etc. . .) y **hacia afuera** (mundo socialista). La ideología cubre así lo tenso y lo contradictorio (la precariedad, la inseguridad) con la imagen satisfactoria de la **identidad** (estructurada en función de Lenin, el paradigma). Desde otra perspectiva, el conjunto de conflictos generados en el nivel de los **grupos medios creadores**, intelectuales, artistas (pequeña – burguesía, estudiantes) encuentra una posibilidad no–conflictiva de *“estar en el proceso”* **marginándose efectivamente de él** por el camino de la construcción

ideológica. En términos de tensión psíquica ésta permite la liberación (propia) por el mecanismo de la aniquilación de aquello que está en el (propio) origen: la ideología pequeño – burguesa subyacente en *La historia me absolverá*; liquidar aquel rastro histórico permite liquidar cualquier acusación actual de aburguesamiento. Lo ideológico encuentra así su sanción social (burocracia, imagen política) e individual (tensión, rol – burocrático), logra su internalización . . . , es verdad, pero al interior de un proyecto histórico que destruye la revolución.

V

LA REVOLUCION CUBANA: ELEMENTOS PARA LA CONSIDERACION DE DIEZ AÑOS DE DESARROLLO IDEOLOGICO

Los anteriores planteamientos críticos permiten, por contraste, proponerse con mayor objetividad el estudio del desarrollo del proceso ideológico de la Revolución Cubana.

En primer lugar, la ubicación del problema. El estudio de lo ideológico conduce, coherentemente, al problema de la estructura de clases (lucha de clases) en una formación social. En efecto, la noción de ideología puede ser entendida como la interrelación de diferentes niveles, es decir como

- a) sinónimo de concepción de mundo, es decir haciendo referencia a una explicación y valoración de totalidad respecto del ser humano, la Naturaleza y las relaciones que se dan entre ambos. En este sentido, por ejemplo, el cristianismo, el liberalismo, etc., son llamados ideologías.
- b) sistema de representaciones y valores de una formación social o de un grupo: 1) como plasmación histórica de una concepción de mundo, el cristianismo renacentista, por ejemplo o 2) como concepción de clase o categoría social, es decir como representaciones y valores sociales particularmente válidos y que responden a los intereses y representaciones específicas de un grupo humano históricamente situado en una formación social concreta. En este sentido, por ejemplo, hablamos de 'ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes'.
- c) elemento de la lucha de clases (dominación); se trata de la inserción del concepto anterior dentro de la concreta dominación de clases que se da en una específica formación social. Lo ideológico es aquí alusión – ilusión, desplazamiento, inversión. Lo ideológico, en este sentido, permite presentar lo particular como general, lo existente como inexistente, el sujeto como objeto, etc. . . La ideología dominante tiene como función la cohesión social en el marco de la dominación, explotación o lucha de clases. Hablamos aquí, por ejemplo, de la ideología burguesa.
- d) la concreción (operacionalidad) de las representaciones y valores de grupos o clases sociales en los medios para lograrlos. Esta acepción o nivel es fácilmente identificable en expresiones como "*La ideología del partido en el Gobierno*", "*La ideología Republicana*", etc. . .

Las anteriores cuatro concepciones o niveles deben ser entendidos en su interrelación especialmente porque sólo su intercompenetración real permite logros en el estudio de lo ideológico (formas de conciencia social e históricamente situadas) en su expresión histórica. Resulta, por ejemplo, estéril, un estudio del cristianismo como ideología (nivel 1) que no contemple su interrelación con su

- inserción histórica (nivel 2)
- función en la lucha de clases (nivel 3)
- institucionalidad histórica (nivel 4).

Desde esta perspectiva lo ideológico aparece relacionado con las condiciones concretas de existencia de los hombres, es decir refleja las relaciones económico — sociales, y sus instancias jurídico— políticas, de producción. Por ello lo ideológico, forma de dominación del mundo (hombres, Naturaleza), establece relaciones — de desplazamiento, de adecuación, de mediación, etc. — tanto con la conciencia de clase (valores y representaciones históricamente válidos para un grupo social determinado) como con la conciencia política. En este campo, su validez descansa, en último término, en su carácter práctico y este último está determinado por las condiciones históricas, es decir por los proyectos históricos viables. Es sólo en este último sentido que puede hablarse de ideologías — ideologías y de ideologías — científicas y es desde aquí, también, que deriva el carácter negativo de que son portadoras las ideologizaciones burguesas y pequeño — burguesas en el marco de la sociedad capitalista.

Sin embargo, lo que interesa ahora es señalar, al menos, los elementos fundamentales que deben tomarse en consideración para el estudio del desarrollo ideológico de la Revolución Cubana. Si tomamos como referente la explicitación anterior estos elementos deben ser, al menos:

- a) las representaciones objetivas, históricamente válidas, dentro del desarrollo de la formación social cubana; economía, clases y política en la específica forma de subdesarrollo y dependencia cubanos.
- b) las corrientes de pensamiento revolucionario en el anterior contexto, su relación (organización) e interacción en función de las clases objetivamente revolucionarias.
- c) la relación de esas corrientes con la ideología dominante (dictadura, imperialismo, Iglesia).
- d) el desarrollo ideológico del 26 de Julio en función de la lucha armada, el apoyo campesino, la teoría marxista — leninista
- e) caracterización de los mecanismos insurreccionales; destrucción del aparato de Estado.
- f) la reconfiguración ideológica a partir del triunfo de la estrategia de lucha armada: 26 de Julio, PSP, Directorio Revolucionario, partidos burgueses, organización de masas, Ejército Rebelde; construcción del nuevo aparato de Estado.
- g) la ideología de la Revolución en su relación con:
 - 1) el socialismo

- 2) el imperialismo
- 3) el mundo socialista (Partidos Comunistas)
- 4) otros países latinoamericanos
- 5) el Tercer Mundo

Si es posible, debe establecerse, además, la relación del proceso ideológico revolucionario con la región ideológica religiosa (cristianismo) más extendida en América Latina.

A la consideración de estos elementos dedicaremos la segunda sección de nuestro trabajo.

NOTAS

- 1) **La Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF)**, con centro en Venezuela, señaló en junio de este año, que *"Las empresas transnacionales trabajan en América Latina como en tierra de nadie y ello ha contribuido para que el 50% de la población continental se encuentre en una situación de miseria. Para graficar la presentación de su documento acerca del funcionamiento de las transnacionales en nuestro continente ANIF entregó los siguientes datos: Colombia posee un producto bruto que apenas representa el 32% de las ventas de la General Motors. Por cada dólar del producto bruto colombiano – venezolano, la General Motors está vendiendo 1, 22 dólares, es decir 22 centavos más de dólar. Las empresas transnacionales originan y detentan el 46% del producto bruto de Guatemala, el 17% del capital pagado de las sociedades anónimas chilenas, el 22% de las venezolanas y el 38% de las brasileñas (Agencia EFE, 5 de junio). Otra fuente (111, 24) señala que en los últimos cinco años las inversiones directas en el extranjero de las transnacionales han subido de U\$49 billones a U\$78 billones y que en América Latina hay más de 2 mil filiales de unas 200 compañías norteamericanas a través de las cuales, durante los años 1954 – 1967, se realizó una exportación directa de capital privado de U\$ 3.361 millones mientras que el monto repatriado fue de U\$ 10.839 millones sobre una ganancia total de U\$ 12.403 millones. De paso se agrega que sólo el 17% de los fondos de financiamiento provinieron de esas transnacionales. Un último dato puede informarnos acerca del despojo creciente que significan las actuales relaciones de dependencia: en la década del 60 el salto neto de las utilidades repatriadas a los Estados Unidos por las transnacionales alcanzó la suma de 30 billones de dólares mientras que más de un tercio de las exportaciones de manufacturas norteamericanas fueron ventas de las transnacionales a sus filiales en el extranjero".* ¡Y hay quien duda del interés norteamericano en mantener la 'paz' y el 'orden' en sus colonias del hemisferio sur!
- 2) El texto sartreano que reúne el conjunto de trabajos publicados por el pensador francés acerca del proceso revolucionario cubano fue editado en Cuba bajo el título *Visita a Cuba* (La Habana, 1960). En él se incluyen *Ideología y Revolución*, *Una entrevista con los escritores cubanos* y *Huracán sobre el azúcar*. Ante la imposibilidad de contar con la edición cubana hemos realizado nuestro trabajo exclusivamente sobre este último texto en su edición argentina.
- 3) Oscar Arias Sánchez, por ejemplo, Ministro de Planificación del Gobierno costarricense, correspondiente al período 1974 – 1978, administración que no puede ser considerada subversiva, ha señalado que *"Cuando producimos automóviles – o más bien ensamblamos automóviles – de antemano sabemos que vamos a satisfacer la demanda de no más de 30.000 costarricenses. En efecto, un 85% de los autos de nuestro país está en manos del 10% más rico de la población. La sociedad de consumo, como se puede observar, requiere de una alta estratificación social" (...)* *"En los últimos diez años, sin embargo, la posición relativa del 40% más pobre de la población no ha mejorado. En efecto, entre 1958 y 1971, el crecimiento anual promedio del PNB fue de alrededor de un 8%, mientras que el crecimiento del ingreso del 40% inferior de la población fue aproximadamente de un 5%, lo cual indica que su posición relativa empeoró. En otras palabras, hubo una concentración del ingreso, la cual se dio fundamentalmente en favor de la clase media"* (aparentemente el Ministro usa la expresión para indicar a los grupos dominantes, según se infiere de sus propias cifras). Antes ha señalado: *"El gran crecimiento de las clases medias buro-*

críticas que ha experimentado nuestra sociedad en los últimos 25 años ha sido de suma importancia desde el punto de vista de nuestro equilibrio social. Sin embargo, ello no deja de representar una seria dificultad para lograr una capitalización más acelerada, pues constituyen grupos sociales con una alta tendencia al consumo y con gran poder de negociación para obtener aumentos de salarios, ya que controlan el suministro de servicios vitales para el funcionamiento de la administración pública. El costarricense de cuello blanco, relativamente independiente desde el punto de vista económico () aunque culturalmente dependiente de los estratos sociales superiores, a los cuales tiene como marco de referencia, en cierto grado ha dificultado, por medio de su constante presión en demanda de mayores reivindicaciones salariales, que la distribución del ingreso nacional beneficie a los más débiles" (116, 11; 7) Independientemente del recurso ideológico de plantear el problema de la injusta distribución del ingreso nacional como el resultado de un antagonismo entre los trabajadores productivos y los trabajadores del sector terciario, el Ministro ha descrito admirablemente a las autónomas, nacionales, socialistas y democráticas clases medias revolucionarias de T. Draper y otros epígonos de la pseudosociología y de la política burguesas.

- 4) La misma abstracción metafísica o tal vez la misma neurosis afecta a los redactores del cable internacional en el período 1975 - 76 cuando -- tras la derrota en Indochina y Angola -- afirman que la lucha contra los regímenes populares inaugurados en esos países será vanguardizada por "la guerrilla" que si ha tenido éxito en contra del imperialismo y las oligarquías corrompidas ha de tenerlo también contra el conjunto de las fuerzas populares. Ante esto no se sabe si asombrarse más ante la mala conciencia de los que ordenan este tipo de 'noticias' o ante la falsa conciencia del público medio hacia quien se supone va dirigido el mensaje.

- 5) Respecto de la imagen que Draper proyecta sobre Cuba existe una opinión lapidaria de Pino Santos, citada por Sartre: "Todos los que se han llevado de Cuba una visión optimista son grandes enfermos" (112, 16) M. Winocour, en cambio, nos ilustra acerca del contexto de la economía dependiente cubana que Draper omite e ignora: "... Este fue el caso de Cuba, a partir del fin de siglo. Y la fórmula aplicada: monocultivo + cuota + no-industrialización + derechos de aduana preferenciales. ¿Cómo se desarrolló esta fórmula? Los Estados Unidos, en proceso de expansión industrial, necesitaban imperiosamente una cantidad de azúcar (fuente de energía) que su producción doméstica no tenía, a corto plazo, perspectivas de cubrir. Al mismo tiempo en proceso de expansión territorial los Estados Unidos encontraron, al alcance de su mano, un suelo fértil: Cuba. Resolución: Cuba se dedicará a proveer de azúcar a los Estados Unidos. Por ello, monoproducción o monocultivo. Pero, como se necesitaba azúcar exactamente para las necesidades del mercado norteamericano, entonces, la cuota: los Estados Unidos comprarán tanto y ni un gramo más. Se da por supuesto que si los cubanos están absorbidos por la producción azucarera para un comprador seguro ellos no tienen ni tiempo ni deseos de construir fábricas. A cambio de la "dulce mercadería" todas las manufacturas provendrán de Estados Unidos, desde los alimentos enlatados hasta el Cadillac. De aquí la no-industrialización. Todavía, los Estados Unidos no correrían el riesgo de otros posibles proveedores. Europa, por ejemplo. Entonces, los aranceles aduaneros preferenciales" (115, 4). \ agrega Winocour: "Pero esto no fue todo. La producción azucarera fue estimulada hasta un nivel determinado y después de un cuarto de siglo virtualmente reducida al estancamiento. En 1925 se había llegado a sobrepasar las 5 millones de toneladas. Pero este boom, lejos de significar la abundancia, produjo el efecto contrario: los precios bajaron (...). En 1952, Cuba demostró que podía producir 7 millones de toneladas. Pero este segundo logro tampoco trajo la abundancia: los excedentes no pudieron ser colocados en el mercado internacional. Resultado: retorno a las restricciones que limitarían las zafas siguientes (1953 - 1958) alrededor de las 5 millones de toneladas. En una frase: no se había adelantado un paso. Tras tantas idas y venidas, transcurrido un cuarto de siglo, la producción se mantenía estancada. Pero por desgracia la población cubana no había tenido la gentileza de permanecer también estancada. En el mismo cuarto de siglo ella tendía a duplicarse, habiendo aumentado aproximadamente en un 70 %. ¡Y debía subsistir con los mismos recursos!" (115, 4).

- 6) El criterio subjetivo -- moral para juzgar los procesos históricos se ha mantenido durante estos últimos diecisiete años, al menos en los marcos propuestos por el cable internacional que sigue haciendo depender la suerte de Cuba de los rasgos individuales de F. Castro. Por ello éste ha sido, sucesivamente o al mismo tiempo, homosexual, eunuco, drogadicto, sifilítico, histérico y psicópata. Todavía en 1976, Ron Caylor y Robert G. Smith de The National Enquire señalaban, en medio de un conjunto de datos frívolos, que

"Fidel Castro será derrocado de su puesto como Primer Ministro de Cuba, después de descubrirse que había conducido enormes cantidades de dinero a una cuenta bancaria en Suiza" (publicado por la Revista de Excelsior, 18-VII, Costa Rica). El mecanismo de interpretación — proyección, diecisiete años después, sigue siendo el mismo: el proceso revolucionario cubano es en realidad un individuo; se trata por tanto de quebrar y liquidar moral o físicamente a ese individuo y se acaba Cuba socialista. Desde luego la expresión liquidar puede aplicarse al campo biológico, al político o al ideológico o a los tres juntos, según sea el poder y la función del agente liquidador.

La nueva escuela, y posteriormente, el Liceo han transitado, al menos nominalmente, desde el activismo y el modelo de "pequeña sociedad" a los conceptos de 'participación', 'diálogo', 'responsabilidad compartida', etc., todo ello con el fin declarado de ayudar a la formación de un estudiante "crítico" y "participativo" (creativo). El carácter ideológico de esta proclamada nueva educación se descubre fácilmente cuando se reflexiona que ella se inserta en una sociedad fundamentalmente a-crítica e ideologizada, de manipulación, en la cual los individuos críticos serían disfuncionales o, en el lenguaje imperante, subversivos. Y el problema no estriba en la mala o buena voluntad de quienes dirigen nuestras sociedades... sino que es la estructura del sistema la que demanda la manipulación totalizante tanto en la sociedad industrial o post-industrial (Marcuse) como en la periférica en la cual los mecanismos suelen ser biológicamente un tanto más rudos y, desde luego, los procedimientos escolares más chapuceros. Una educación históricamente crítica sería, en nuestro tiempo, simplemente subversiva. El fracaso de la escuela y del liceo no es sino el fracaso derivado de su necesaria separación, oficial, de las condiciones reales de existencia. De aquí el énfasis de los 'nuevos métodos' en la actividad grupal y solidaria (en una sociedad radicalmente insolidaria), en la pseudoparticipación (en una sociedad manipulada), en la motivación (en una sociedad neurótica), en la responsabilidad (en una sociedad irracional), en la creación (en una sociedad destructora) y en la actividad de base (en una sociedad pseudodemocrática y totalitaria). Es en esta serie de contradicciones que debe buscarse tanto el carácter ideológico de los nuevos métodos como su fracaso; en la sociedad en crisis resulta para los aparatos ideológicos, entre los cuales la escuela juega el primer papel, mucho más difícil mantener vigente su vertiente de "bella mentira". En todo caso, el aparato pseudocrítico de los nuevos métodos y de la nueva escuela jamás trasciende los límites ideológico-teóricos (amnióticos) del aula e, incluso dentro de ella, jamás cuestionan realmente la estructura de poder escolar.

R Es este el clima el que genera y posibilita la liberación de F. Castro después del Moncada, hecho que Draper atribuye a la magnanimidad de Batista. J. P. Sartre, también equivocado en este punto, señala el hecho como la derivación de un 'falso consejo'. En todo caso Sartre reite aquí su concepción del proceso histórico como dándose a través de actos, de algún modo separados unos de otros y en el que el papel principal es jugado por individuos. M. Winocour, en cambio, más cerca de la verdad histórica, relata así el suceso: *"Fue una campaña memorable, pacífica, favorecida por la coyuntura política. Al comienzo fue la hoja mimeografiada clandestina, la leyenda apresurada en los muros de la ciudad, los dos líneas deslizados en la prensa burguesa... que terminaron por devenir un clamor nacional: ¡amnistía, amnistía! Batista, por su parte, intentando crearse una nueva "imagen", organizó las elecciones de 1954. El era candidato y el pueblo no se hacía ninguna ilusión; sólo él podría ser el ganador. Pero la campaña electoral era una ocasión inmejorable para reclamar la amnistía. Así, los militantes, citándose en las reuniones públicas respondían a todo discurso con un solo grito "¡Libertad para Fidel!". La dictadura tenía un objetivo: presentarse como "legal". El pueblo tenía el suyo: salvar de la prisión a quienes por su temple habían mostrado ser sus líderes. Y lograron su objetivo: la presión de las masas abrió las puertas de la prisión"*, 115, 8).

D Sólo en 1975, en la Conferencia de Partidos Comunistas desarrollada en La Habana, los partidos 'legítimamente revolucionarios' latinoamericanos reconocieron la existencia posible de 'otros' grupos revolucionarios fuera de sus partidos. Es probable que tras este reconocimiento y aceptación haya estado la fuerza política y moral, determinante en la Conferencia, del PC cubano, pero, cualquiera sea el caso, el reconocimiento de esos grupos rompió el monopolio — a nivel de declaraciones — que desde la década del 20 sostuvieron las organizaciones comunistas ortodoxas del continente y abrió, tal vez a mediano plazo, la posibilidad de que en determinados países se llegue a formas más orgánicas y prácticas de unidad política entre las fuerzas de izquierda.

- 10) Conviene recordar que los textos de Debray se inscriben dentro del cuadro—proceso de divergencias ideológicas entre la dirigencia cubana y el PC. soviético que, fundadas en el período 1963 – 1965 sobre la base del conflicto chino—soviético, la estrategia revolucionaria para América Latina (II Declaración de La Habana) y el intento cubano de buscar apoyo en el Tercer Mundo, se proyectaron y configuraron en el período 1966 – 68 a través del esfuerzo cubano por lograr constituir un subbloque al interior del área socialista (Corea, Vietnam), la realización en Cuba de la Primera Conferencia de Solidaridad de los pueblos de Africa, Asia y América Latina (en la que se incluyó la tesis cubana de la lucha armada), la agresiva política del régimen cubano hacia los gobiernos ‘reformistas’ que recibían apoyo del mundo socialista, las declaraciones de la alta dirigencia cubana acerca de la inevitable continentalidad de la lucha armada (A. Hart) y la necesidad estratégico—táctica de crear “*muchos Vietnam*” (Ché), como asimismo la expulsión y condena de la microfacción pro—soviética del PC cubano (A. Escalante) cuyos integrantes recibieron hasta diez y quince años de cárcel por sus actividades en contra de la Revolución Cubana.
- 11) Más dramático todavía es el caso de la UP chilena, conglomerado político estructurado centralmente sobre partidos del reformismo obrero. En efecto, en junio de 1973, fracciones del Ejército y de las FF. AA, la movilización popular y la fuerza de los trabajadores organizados (fundamentalmente por esos mismos partidos), rechazaron un conato de golpe de Estado que comprometía a fracciones de todas las ramas de las FF.AA y de Carabineros (Policía). El intento, activado políticamente por un grupo de choque de la reacción, Patria y Libertad, fue sofocado y derrotado en pocas horas por las entonces tropas leales y por la movilización popular que salió a la calle exigiendo el castigo a los traidores, la eliminación de las FF. AA de todos los oficiales involucrados en el intento de derrocamiento, el cierre del Congreso dominado por la reacción y que prácticamente venía llamando al golpe desde hacía semanas, la definitiva constitución del área social de la economía y el enfrentamiento final contra la burguesía golpista y criminal y sus agentes políticos y militares. Los trabajadores organizados se mantenían en estado de alerta y estaban en condiciones de paralizar el país. Es decir, en Chile sí había voluntad de lucha y organización . . . y además banderas populares y socialistas. Ante el pueblo reunido y en pie de lucha, quintuplicada su voluntad de lucha y de triunfo por la victoria militar de las fuerzas leales a la Constitución, S. Allende prefirió entregar la responsabilidad total de la victoria a la Guardia de Palacio (que en Septiembre sería la primera en abandonar La Moneda) y a sus Edecanes Militares como asimismo al Alto Mando excluyendo de ella el apoyo político decisivo de las masas y de los trabajadores organizados sin el cual no habría habido a esas alturas del proceso tropas leales. Allende solicitó — como era su costumbre — al pueblo que se retirara pacíficamente a sus casas, sin cometer actos de provocación (!) y el general victorioso, C. Prats, Comandante en Jefe del Ejército, aclamado como héroe popular y a quien se le exigía radicalizar su victoria con la eliminación de todos los oficiales traidores, sufrió un quebranto nervioso al comprender que su acción — puramente constitucional — lo había ubicado como elemento decisivo en el enfrentamiento de clases. En los días siguientes C. Prats renunció a su cargo y recomendó para el mismo a A. Pinochet, un hombre fiel. S. Allende, por su parte, encomendó a este mismo hombre fiel la elaboración del sumario que permitiría “depurar” a las FF.AA de los elementos golpistas. S. Allende y las organizaciones que lo sostenían aceptaron como buena, posteriormente, la excusa del mismo general Pinochet, respecto de que sería conveniente posponer las sanciones con el fin de no deteriorar la estructura de las FF.AA. De hecho, la única “purga” que se realizó fue en contra de los oficiales que no eran golpistas, a quienes se llamó a retiro o se llevó a posiciones desde las cuales no podían ofrecer resistencia por no estar al mando de tropas. Transcurrieron julio, agosto y los primeros días de setiembre. Durante ese período el pueblo — que se creyó victorioso el 29 de junio — contemplaba atónito cómo las FF.AA amparaban el terrorismo de derecha y vejaban y allanaban los recintos de los trabajadores y de sus organizaciones con la excusa de la búsqueda de armas. El 11 de setiembre no hubo ni heroica Guardia de Palacio, ni fieles Edecanes, ni concentración popular, ni generales victoriosos. Confundido y desorientado, golpeado y masacrado, el pueblo chileno asistía al asesinato de Allende y de miles de sus dirigentes y militantes y entraba al largo y penoso martirio de la dictadura militar.
- 12) Independientemente de una gran cantidad de declaraciones explícitas de los principales dirigentes cubanos sobre este punto, M. Winocour y V. Bambirra han mostrado con claridad el carácter pequeño—burgués de la ideología inicial del Movimiento 26 de Julio y, consecuentemente, el carácter pequeño — burgués de su programa y de su estrategia y táctica política. Esta última autora señala, por ejemplo, que “*La Ideología originaria del Movimiento 26 de Julio tiene que ser comprendida dentro de los marcos de la concepción*

pequeño – burguesa latinoamericana. Es desde esta perspectiva que el programa expresado en La historia me absolverá puede ser expresado en función de los intereses de clase subyacentes a él” (103, 32). Agrega Bambilra que el esfuerzo de algunos autores por negar este carácter pequeño–burgués no es sino reflejo del carácter despectivo que se suele asignar a esta clase (103, 34). El asunto, sin embargo, es más complejo y nos ocuparemos detenidamente de este problema más adelante. Por ahora mencionemos, a título anecdótico, algunos de los autores con que enfatiza sus puntos de vista políticos F. Castro en *La historia me absolverá*: Montesquieu, Juan de Salisbury, Santo Tomás de Aquino, Martín Lutero, Calvino, Juan Mariana. Juan Altusio, Juan Locke, Juan Jacobo Rousseau, Juan Milton, Thomas Paine . . . además, desde luego, de los líderes políticos cubanos que orientaban su línea política y entre los cuales, al menos E. Chibás, admite entre los rasgos de su caracterización política el anticomunismo.

BIBLIOGRAFIA

- 101.– Aguirre M., García Ronda D., Monal I., *El leninismo en ‘La historia me absolverá’*, Casa de las Américas, noviembre – diciembre 1975, N° 93, La Habana, Cuba.
- 102.– Bambilra Vania, *Diez años de insurrección en América Latina*, en *América Latina: Dependencia y Subdesarrollo*, Aula, EDUCA, Costa Rica 1973.
- 103.– Bambilra Vania, *La Revolución Cubana: una reinterpretación*, CESO–PLA, Santiago de Chile 1973.
- 104.– Castro Fidel, *La revolución Cubana: una confirmación de la fuerza del marxismo–leninismo*, Ibero–Americana Pragensia, Universidad Carolina de Praga, Checoslavaquia 1972.
- 105.– Castro Fidel, *La Revolución Cubana 1953–1962*, ERA, México 1972.
- 106.– Debray Régis, *Ensayos sobre América Latina*, ERA, México 1971.
- 107.– Draper Theodore, *La revolución de Castro, mitos y realidades*, Libro Mex Editores, 3 edición, México 1962.
- 108.– Frank André Gunder, *Lumpen–burguesía: Lumpen–desarrollo, dependencia, clase y política en Latinoamérica*, ediciones Periferia, Buenos Aires 1973.
- 109.– Guevara Ernesto, *Obras Completas*, 4 ts., Distribuidora Baires S.R.L. Buenos Aires 1973.
- 110.– López Segrera Francisco, *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510–1959)*, editorial Diógenes, México 1973.
- 111.– Tomic Radomiro, *Pobreza, poder y medio ambiente: batallas por la justicia en América Latina*, en *¿Quo vadis Latinoamérica? Conferencia Católica de Cooperación Interamericana*, ediciones Paulinas, Indo American Press Service. Washington 1973.
- 112.– Sartre Jean Paul, *Huracán sobre el azúcar*, Merayo editor, Buenos Aires 1973.
- 113.– Stavenhagen Rodolfo, *Siete falacias sobre América Latina*, en *América Latina ¿reforma o revolución?* selección de J. Petras y M. Zeitlin, editorial Tiempo Contemporáneo, 2 edición, Buenos Aires 1973.
- 114.– Villegas Abelardo, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*, Siglo XXI, México 1972.

- 115.— Winocour Marcos, Cuba: les mécanismes d'une révolution, La Pensée, N° 164, julio — agosto 1972.
- 116.— Arias Sánchez Oscar, Características del desarrollo pasado en Costa Rica y perspectivas para el futuro, Oficina de Planificación Nacional y Política Económica, Costa Rica 1975.
- 117.— Mannheim Karl, Ideología y utopía, introducción a la Sociología del Conocimiento, Aguilar, 2 edición, Buenos Aires 1966.
- 118.— Huberman Leo, Sweezy Paul y otros, Debray y la revolución latinoamericana, Editorial Nuestro Tiempo, 2 edición, México 1972.
- 119.— Torres Ramírez Blanca, Las relaciones cubano—soviéticas (1959 — 1968), El Colegio de México, México 1971.
- 120.— Castro Fidel, Socialismo y Comunismo: un proceso único, Editorial Diógenes, 2 edición, México 1972.
- 121.— Lowy Michael, Dialéctica y revolución, Siglo XXI, México, 1975.
- 122.— Mariátegui José Carlos, El proletariado y su organización, Grijalbo, colección 70, N°69, México 1970.
- 123.— Aranda Sergio, La revolución agraria en Cuba, Siglo XXI, 6 edición, México 1976.
- 124.— Le Riverend Julio, Historia Económica de Cuba, Ariel, Barcelona 1972.
- 125.— Furtado Celso, La economía latinoamericana desde la Conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana, editorial Universitaria, Santiago de Chile 1969.
- 126.— Marx, Engels, Lenin y otros, Teoría marxista del partido, Grijalbo, colección 70, N° 117, México 1972.

